

La Ilustración

Artística



Año XVI

BARCELONA 27 DE SEPTIEMBRE DE 1897

Núm. 822



DANZA GITANA, acuarela de A. H. Schram

SUMARIO

Texto.— *Murmuraciones europeas*, por Castelar. — *Manuel Belgrano*, por la baronesa de Wilson. — *El caballero que hace el oso*, por Juan Buscón. — *El centenario del natalicio de Donizetti en Bergamo*. — *Cachito de cielo*, por Alejandro Larribera. — *Nuestros grabados*. — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (conclusión). — SECCIÓN CIENTÍFICA.

Grabados.— *Danza gitana*. — *Manuel Belgrano*. — *Ensueño*, cuadro de V. Cutanda. — *Retrato de Donizetti y el centenario de su natalicio*. — *Entre los trigos*. — *Guerra de Filipinas*. — *El ejército de Napoleón I pasando el Beresina*. — *Por la paz de la patria*. — *Ahmed-Riza*. — *La astrofotografía*. — *Globo militar cautivo*. — *Granada, por los Reyes Católicos!*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La paja en el ojo ajeno. — Explosiones guerreras y revolucionarias en América. — Paz de Europa y dilación á las pacificaciones orientales. — Alemania é Inglaterra. — Históricas afinidades antiguas y desafinidades reales presentes. — Proyectos marítimos del emperador asestados á Inglaterra. — El rey de Italia en Alemania. — Significación de su visita. — Las maniobras militares. — Los soldados de caballería y la princesa del Hesse en estas maniobras. — Impulsos y fomentos al feminismo. — Reflexiones. — Conclusión.

Púdnrenos los oídos la prensa extraña, sobre todo la prensa yankee, á diario, con sus cargos por las dos guerras que mantenemos los españoles al Oriente y al Occidente del planeta. No son para nosotros ningún plato de gusto estas discordias con los colonos, así orientales cual occidentales, y hacemos lo posible por concluir las, pues mantenémoslas y pagámoslas con luciente oro de nuestras arcas y con purpúreo cruor de nuestras venas. Pero al oír tantas reconvencciones, cualquiera creería la tierra toda en angustia paz y convertidos los mares todos en otras tantas balsitas de aceite. Amén del ciclón que azota nuestra grande antilla y nuestro archipiélago filipino, la guerra estraga los campos del Brasil recién redimido ahora de la monarquía, los desiertos que forman la banda oriental en que los pamperos van errantes, inmensas planicies vecinas del gran río argentino, las Repúblicas de Honduras y de Guatemala, el Centro con el Mediodía de América. Y estas perturbaciones entran hasta dentro del Estado y del pueblo que más de su carácter jurídico se han ufano siempre y que mayores hipotecas de paz y libertad han ofrecido, con sus instituciones liberales y democráticas, al mundo. Humeante aún en Pensilvania, tierra clásica de los derechos humanos, la sangre vertida estos últimos días en que unos tercios de milicia ciudadana tendieron por los campos y calles á muchos trabajadores, muertos al pedir justo aumento de salario, é ignorantes de la lengua inglesa, en que iban inscritos los bandos, opuestos, sin ley ni razón, á sus legítimas reivindicaciones, ¿podrán decirnos algún vejamen los americanos? Y no recordemos nada del Estado erigido en otro Estado por el profeta Conselheiro, resuelto á restaurar la monarquía entre los inextricables bosques brasileños del Amazonas; y tampoco creamos la proposición presentada por un británico sindicato á la República de Honduras, intimándole se deje ocupar en su totalidad por los banqueros, y dividirse, como cualquier sociedad anónima, en acciones, para gobernarse como se gobierna un verdadero Banco.

En Europa misma como un rompecabezas aparece la pacificación oriental. Deséanla todos los gobiernos y ninguno puede ó sabe formularla. Unas veces diríase que Turquía se apercibe á quedarse con Grecia; otras veces diríase que va Grecia por su parte á recuperar toda Tesalia. Se habla de prestar un gobernador cristiano á Creta, y en Creta reaparece, como llevado por un poder mágico, el antiguo bajá turco, bajá de tres colas, circuido por una tropa de homicidas genizaros. En cuanto se trata de un verdadero convenio, lo desmiente una horrible degollación. Y Turquía persevera en sus matanzas, viola con sus esbirros los hogares en busca de víctimas, puebla de cadáveres metidos en sacos el Bósforo á los estremecimientos de sus terrores, mantiene los asesinos estipiados de su tesoro en Anatolia y en Armenia, que los degüellos enrojecen, que los saqueos talan, que los incendios devoran. Estos días creíamos próxima la solución del conflicto, cuando Inglaterra propuso que, fuesen cuales fuesen las cargas impuestas á Grecia por la derrota, se la reintegrara en su territorio nacional y se le dejasen las manos libres para cosecharse y atrojar los necesarios rescates en su tesoro, dirigido por ella misma con su correspondiente responsabilidad. Grecia respiró creyendo llegada la hora de su reintegración en el territorio patrio, más ó menos hipotecado á las extranjeras deudas. Pero Alemania se irguió, á favor de Turquía, contra Grecia; y no tuvieron más remedio los orgullosos británicos que ceder y achicarse á las imposiciones germánicas. El interés de los banqueros alemanes ha sobre-

nadado en todas las negociaciones; y para sostener ese interés no han tenido más remedio los reyes cristianos que arrancar algunas piedras á la cruz, griega ó latina, para ornar con ellas la media luna de Ostmán, que aparece como una marca de ignominia en Europa entera y como una señal de servil dependencia del Asia y sus sultanes.

Cuando extraña uno esta metamorfosis del emperador de Alemania en paje del sultán, recuerdan los alemanes cómo Guillermo juega por tabla, y apuntando á Grecia en lo externo, internamente malhiere á Inglaterra. Con efecto, nada tan claro y escandaloso cual esta rivalidad entre la mayor potencia germánica del Continente y la mayor oceánica, siendo, como son, alemanes y britanos del mismo tronco en Etnología y en Historia. Siempre que se han entablado litigios morales entre los germanos y la raza nuestra, no se han satisfecho aquéllos con aducir en su pro los títulos de Alemania, también á estos títulos han sumado los muy excelsos de Inglaterra y América. Por esta concomitancia existen las innumerables relaciones reconocidas entre los dos idiomas, alemán y sajón; por esta concomitancia los postreros monarcas británicos han gozado la soberanía real sin obstáculos é inconvenientes en los pueblos isleños y en los pueblos continentales de Germania, hijos de una sola madre, y por hijos de una sola madre dotados de la misma complexión fundamental y del mismo común espíritu.

Mas el emperador de Alemania se ha empeñado en que rabie ahora el perro; y el perro, creedlo, rabiará. Como si las tradiciones históricas y la posición geográfica no recluyeran á Germania en el continente, hanse metido los alemanes entre ceja y ceja que han de levantarse á potencia colonial. Porque los ingleses tuvieron exploradores como Gordon y Hanley, fornidos, hercúleos mozos, cuyas hazañas repiten de coro los niños en las escuelas, él envió catedráticos puestos en burros, con diccionarios bajo el brazo y anteojos sobre las narices, en busca del vellocino de oro entre las líneas ecuatoriales. Y estos sabios señores aportaron al fantástico acerbo colonial de Alemania varios enconrones con los dominios lusitanos y sajones del Africa tropical, amén del nuestro en las madreporas carolinas, que dieron por único substrato un verdadero montón de peligrosas escorias coloniales, cambiadas pronto por un ostrio como el diminuto Heligoland, singular dominio marítimo de Alemania, muy semejante á las ínsulas concebidas por Sancho Panza y llevadas á su poder y gobierno por la sublime demencia del gran Quijote. Desde tal ocasión, cada esfuerzo de Inglaterra por conducir su africano imperio de las aguas del Cabo á las aguas del Nilo trastorna la mollera de Guillermo II y le hace perder por completo los estribos. ¿Quién se duele y plañe de Inglaterra en Europa? Guillermo no se cura de quién sea y de cómo se llame. Con él está y á su auxilio acude. Si es el sultán, impórtale poco, echándose las, como se las echa, de predicador evangélico y caballero carlovingio del Santo Graal, aparecer como un gran turco, ayúdalo en Armenia, en Anatolia, en Grecia, en Creta. Si es el emperador de Rusia, con el emperador de Rusia entra en intrigas, aunque le pese con imponderable pesadumbre la grandeza moscovita sobre los hombros y sea la cuestión del predominio eslavo un terrible asunto de política interior en su tierra; si es Francia, por Francia se pierde, siquier ésta reclame para toda ulterior inteligencia su Alsacia y su Lorena.

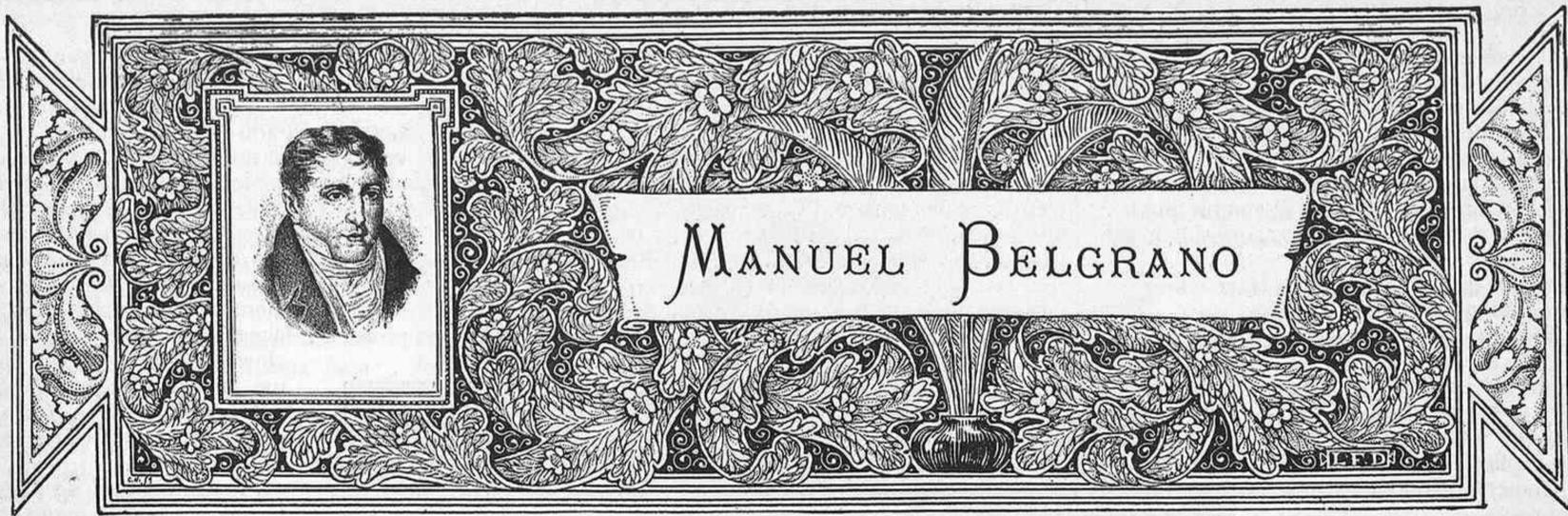
Así, cuando el presidente holandés de los boeros dió tan justa paliza fenomenal á los ingleses del Cabo, el emperador se levantó entre los combatientes y dió al vencedor el apoyo de sus autorizados telegramas henchidos con loas y aplausos extremadísimos. Aunque tenía razón el emperador y apoyaba una causa justísima, todas las leyes admitidas y todas las conveniencias internacionales enseñan que un emperador no puede improvisar y menos transmitir por el cable juicios únicamente permitidos al periodista de última hora, encargado de hacer tragar su propia peculiar opinión á la opinión universal. Los ingleses revolviéronse furiosos contra el nieto de su reina y lo pusieron como no digan dueñas. Y desde tal sazón el emperador sintió aquel desprecio de los orígenes y sangre sajones, experimentado por el canciller de hierro, cuando brutalmente decía en un coloquio íntimo á la mujer de Federico el Bueno, menuda y no fuerte, que iba en su matrimonio á disminuir la estatura gigantesca y la complexión fuerte de los Brandeburgos. Y no pudiendo extraerse la sangre inglesa de sus venas Guillermo, la sangre maternal, púsose á ensayar otras más difíciles extracciones, como sacar las leyes británicas del régimen germánico y sacar del

inmenso Atlántico Inglaterra. So pretexto de que tales instituciones y leyes parlamentarias se pegan á todos los pueblos y vician los pueblos á quienes se pegan, el aturdido Guillermo intenta restringir en su imperio las instituciones representativas y liberales, hasta el sufragio universal; y so pretexto de que Inglaterra significa hoy lo que ayer la mercantil Cartago y él significa hoy lo que ayer la imperial Roma, se propone una guerra entre ambos que haga enrojecer los aires, hervir las aguas, caer la tierra.

Se cogen á puñados los testimonios reveladores de tamaños intentos y propósitos, así en sus palabras como en sus obras. No le impele ningún otro móvil á pedir un presupuesto excesivo de Marina más que amenazar á los ingleses; y no le impele ningún otro móvil á restringir el derecho de reunir, más que procurarse de una Cámara dócil recursos bastantes á fomentar su ya monomáfica rivalidad naval con los ingleses. Así cambia la base de su política liberal por una política reaccionaria en halago y requerimiento de los agrícolas feudales; promete la vuelta de los jesuitas á los ultramontanos, si los ultramontanos le votan los marinos á cambio de los padres; amenaza con su látigo á los socialistas porque le niegan recargos de contribuciones y aumento de ingresos para cosa tan ilusoria como una desmesurada marina en imperio sin costas y sin colonias posibles, hasta partirse desenfrenado hacia violenta dictadura, en cuyos bajíos podría muy fácilmente chocar con una revolución. Lo que hace ahora por Rusia contra Inglaterra no tiene sentido común. Explácese, abrazado á sus ilusiones y esperanzas del triunfo cesáreo sobre los Parlamentos y del triunfo continental sobre Inglaterra: lo demás le tiene sin cuidado. Si Rusia le subleva los esclavos del Mediodía y le roba histórica tutela, con cuyos honores y provechos ha soñado siempre Alemania; si pone una barrera infranqueable frente al germano proyecto de las expansiones en el Asia Menor y en Palestina; si entrega la llave del Santo Sepulcro á Moscou, la ciudad ortodoxa oriental, con daño de todas las iglesias occidentales; si ataja el camino de los alemanes hacia Salónica y extiende su áureo cetro sobre Trieste; si halaga los ojos febriles de Francia con espejismos tan seductores como la reivindicación de Metz y Estrasburgo; todo eso le importa un comino al emperador alemán, cuando lo gre con tiempo y dinero vengarse de Inglaterra.

Marean los viajes de Guillermo II, las entrevistas que promueve, las maniobras que arma. No se ha desudado aún de su viaje á Rusia, cuando tiene que darse una semana entera de quehaceres y fatigas, sin tregua ni reposo, recibiendo á los reyes de Italia en Hamburgo; y contrastando con esta recepción, vulgar y ordinaria entre soberanos, la recepción extraordinaria y singularísima del presidente de la República francesa en el palacio de los autócratas moscovitas. Ignoro si habrán tocado en Hamburgo ante los reyes de Italia el himno de Garibaldi, tan grato á los pueblos; pero no ignoro que han tocado en Petersburgo la Marsellesa, y hanla oído de pie y descubiertos los descendientes de aquellos que hace un siglo se ponían al oír la Marsellesa cual se ponen los hidrófobos al ver el agua. Guillermo II se ha lucido mucho en las fiestas militares y ha mostrado competir en maquinaria y atrezzo con los más hábiles tramoyistas del teatro de Berlín. Aunque Humberto ha jurado por los manes de sus antecesores que la triple alianza defiende la paz y representa la vida, se ha vestido de húsar de la muerte. Aunque la gran duquesa del Hesse pertenece por su prestancia y por su ternura y por su exquisita sensibilidad al bello sexo, hase puesto casco de coracero, ha empuñado espada flameante, ha subido en caballo de guerra, y mandando un regimiento de caballería enorme, ha corrido por el campo de batalla como cualquier Valkiria por el escenario de Bayreuth. No ha sido á tanto la reina Margarita osada; pero también, desde una carretela y con grande comodidad asentada, en las ruidosas maniobras ha oficiado de pontifical como coronel de un regimiento. Las ideas feministas han dado un paso enorme, porque si las señoras son coroneles, ¿qué no podrán ser ya las señoras? Es más contrario á la naturaleza femenina el mando de un regimiento en campaña, fingida ó verdadera, como ha hecho la duquesa del Hesse en Hamburgo, que la recitación de discursos ante un club rojo, cual hace Luisa Michel en Londres ó en París. Así hay que soñar en todas las utopías, pues, como dice Calderón, los sueños sueños son; hay que creer en la paz perpetua y en la libertad universal; hay que aguardar la reconciliación entre todas las naciones cultas; hay que presentar la confederación de repúblicas en el anfictionado europeo.

San Sebastián, 19 de septiembre de 1897.



MANUEL BELGRANO

Con letras de oro y en el panteón de la inmortalidad está grabado el nombre de aquel *porteño*, que según el dicho del bizarro general Mitre, ha legado á la historia el nombre más puro de los fastos americanos. Desde sus primeros años dió Belgrano muestras portentosas de talento, asombrando por sus altas capacidades, puesto que á semejanza de nuestro Menéndez Pelayo, se consagró en edad temprana á investigar los arcanos de la ciencia y la filosofía, á profundizar en el derecho público y á empaparse en doctrinas nuevas que ávidamente saboreaba.

En España tomó el grado de bachiller, logrando después escudriñar en las bibliotecas más antiguas y beber en los manantiales del saber humano el abundante caudal de conocimientos que más y más enriquecieron su inteligencia.

¿Cómo aquel joven con tan vasta ilustración y que había hecho del estudio su mayor empeño pudo convertirse en soldado? Ciertamente que su educación no era la más á propósito para un militar; pero tornáronle en guerrero las convulsiones americanas, que amenazaban por entonces destruir todo lo establecido desde hacía cuatro siglos.

Tenía Manuel Belgrano carácter espiritualista, entusiasta é impetuoso de acuerdo con su temperamento, hijo de los climas tropicales, y estas condiciones le llevaron desde la península á las risueñas orillas del Plata, donde había de sobresalir y alcanzar justa nombradía.

Por los años de 1806 descolló Belgrano como capitán de milicias en la memorable invasión de los ingleses, y hasta 1809 fué uno de los principales iniciadores en las reformas políticas, tomando parte activísima en los sucesos que se desarrollaron hasta 1810.

En la junta gobernadora del virreinato, nombrada por el pueblo en Buenos Aires, vemos á Belgrano ser el alma de aquella, por sus excepcionales condiciones, por su espíritu heroico y su recto criterio.

La bandera argentina le debió entonces su emoción, y los colores blanco y azul fueron los del pabellón de la patria.

Pocos ejemplos ofrecen los anales históricos de una consagración tan exclusiva á los intereses y á las glorias nacionales. Las ilusiones de la juventud, el ímpetu del hombre apasionado, las seductoras intimidades de la familia y la vida del hogar no existieron para Belgrano; su único amor fué la patria y su más halagadora esperanza el constituirla libre y preponderante.

El tipo de Belgrano era caballeresco y simpático. Su carácter, leal hasta el sacrificio, afable y liberalísimo. Tenía el don de atraerse las voluntades por su exquisita cultura y por las chispas de ingenio que semejantes á rica filigrana realizaban su conversación.

Había mucho de idealismo en sus ideas, y aun en medio del imponente campo de batalla soñaba como el poeta, á la par que se batía como un espartano.

Carecía de extensos conocimientos militares; pero en cambio en su corazón rebosaba el patriotismo, la tenacidad propia para llevar á cabo las empresas más difíciles y un arrojo sin límites.

Parece fabulosa su expedición al Paraguay. Por las empinadas cumbres, por selvas ignoradas, por despeñaderos inaccesibles y costeano abismos de profundidad inmensa llegó el patriota con su reducido ejército hasta las orillas del río Paraguari.

El primer choque con las tropas españolas fué afortunado para Belgrano; en el segundo ataque la victoria favoreció á los realistas.

Hacíase preciso rendirse ó morir: el caudillo argentino optó por lo segundo, y cargando bizarramente contra los vencedores, rompe sus filas, sin dar espa-

cio á que el desaliento invadiera el corazón de los soldados vencidos.

La intrepidez de Belgrano no obtuvo el disputado laurel, pero alcanzó la admiración de los enemigos y el honrosísimo armisticio de Tacuari. Aún hizo más: con su persuasiva elocuencia ganó partidarios y no pocos brazos para la causa que defendía con tal decisión.

Su incontrastable actividad y su firmeza le hicieron contrarrestar los desastres y hacer frente á los motines y á la indisciplina, consagrándose con todos sus bríos cívicos á la organización del ejército, sin arredrarse, ni detenerse, por las múltiples dificultades que encontraba á su paso.

En pintoresca región está situada la patriótica Tucumán, donde Belgrano alcanzó el más sobresaliente, el más inmortal y el más arriesgado de sus triunfos. Téngase en cuenta que el enemigo era numeroso, mandado por el valiente Pío Tristán, y que al salir á su encuentro desobedecía Belgrano las órdenes del gobierno, inspirado sin duda por la convicción en la victoria.

Era de ver aquella caballería *gaucha* briosa y ligera; los jinetes vestidos con *ponchos* de mil colores y cubiertos los robustos cuerpos con pieles de fieras. La mirada altiva y provocadora, largo y ondulado el negro cabello, el fornido brazo manejando la espada y á veces el *lazo* y los *bolos*.

¡Cómo debían resaltar los detalles singularísimos en aquel paisaje exuberante y rico, digno del pincel de Luna ó de Pradilla! Combatían allí dos instintos generosos, dos principios gigantescos ambos, dos antagonismos admirables. En aquellos campos se escribía la primera página de la Nacionalidad Argentina.

Hay en la jornada memorable de Tucumán algo de fantástico, algo que aferraba en Belgrano la seguridad del triunfo: algo de sublime y mucho de religioso.

«Rueguen al cielo que haga un milagro» — dijo el Leónidas argentino á las hermosas hijas de Tucumán cuando con su escasa tropa salía al campo en busca de los realistas.

El éxito de la batalla fué precursor de otros, entre ellos el de Salta, que ciñó la frente de Belgrano con inmortal aureola. Honores y ovaciones no escasearon para el héroe, y la Asamblea votó cuarenta mil pesos para que fuesen entregados al que peleaba con el doble impulso de la gloria y de la libertad.

«Nada quiero para mí — dijo el ciudadano invicto; — cedo esa suma para las escuelas de la patria.»

La década de oro, la estrella radiante de Belgrano comenzó á eclipsarse en el Perú. La fortuna, que hasta entonces habíale acompañado, cedió el puesto á la adversidad y á los reveses.

Júzguese cuál sería el amargo dolor del soldado, por más que su alma grande soportase el infortunio con estoica resignación. Su salud decayó notablemente; y cumpliendo el orden de someterse al consejo de guerra, volvió á Tucumán para entregar el mando y su espada, victoriosa un día, al general San Martín.

Con hidalga entereza se desciñó el acero, que el futuro primer capitán general de Chile le devolvió, diciendo: «Guardadla: aún ha de ser útil para la independencia nacional.»

Un año después consagrábase de nuevo al servicio de su país, asumiendo el mando de las tropas y dedicándose á disciplinarlas, dando al ejército una organización perfecta y preparándole para futuras campañas.

Fué por entonces cuando se inició la terrible enfermedad que había de postrar las enérgicas facultades de Belgrano.

La hidropesía le rindió moral y físicamente. En Tucumán se recuerda con cariñosa veneración

una casita blanca rodeada por un risueño huerto: allí se moría lentamente Belgrano cuando estalló una rebelión militar capitaneada por Abraham González. La exaltación política llevó á los sediciosos hasta la modesta vivienda del inválido general.

Con sobrehumana voluntad y esfuerzo se levantó luchando con la parálisis, pero sereno y resuelto á morir.

«¿Qué pedís — exclama, — mi vida? Tomadla si ha de ser lazo de unión entre hermanos: herid: he aquí mi pecho.»

La respuesta á estas nobles palabras fué la orden de González para remachar los grillos en las piernas del abnegado patriota, que no podían soportar por la hinchazón ni el contacto de la ropa (1).

El inicuo propósito no se ejecutó, limitándose los sublevados á poner en la puerta de la casa centinelas de vista.

Es evidente que el triste suceso activó los progresos de la enfermedad, aumentando á la vez las amarguras que desgarraban el corazón de Belgrano.

Desde la cima del prestigio había caído en el abismo del olvido, y la muerte moral debía ser más terrible y triste que los agudos sufrimientos físicos para un temperamento sensible y por demás impresionable.

Atesoraba grandes virtudes y carecía de altiveces pueriles. Era honrado y su orgullo se cimentaba en haber cumplido en un todo con sus deberes de ciudadano.

Un erudito escritor ha dicho que Belgrano tenía alma de niño y corazón de león (2).

Había nacido para brillar en el foro, en la prensa y en las lides del pensamiento: su patriótico entusiasmo puso la espada en su mano y lo condujo hasta el templo de los inmortales.

Murió en Buenos Aires el día 20 de junio de 1820. Tenía á la sazón cincuenta años.

Con su muerte renacieron las memorias de sus proezas y recobraron perdurable lozanía los laureles que el desdén popular había marchitado.

Tal es el bosquejo de una vida que la gallarda pluma del general Mitre ha idealizado, retratando al hombre que, penetrado de una idea como los paladines de la edad medioeval, fundó todas sus esperanzas en su realización, no aspirando á otros títulos de gloria que al triunfo de la unidad y poderío argentino.

BARONESA DE WILSON

EL CABALLERO QUE HACE EL OSO

He conocido á varios; pero el más típico de todos, el que habría podido pasar por modelo del género, era un tal D. Vicente, á quien muchos de mis lectores habrán visto, codeado y probablemente hablado.

Cuando le conocí, siendo yo todavía un rapaz, pintaba ya D. Vicentito sus treinta años. Al volver del Instituto en donde seguía mis cursos de segunda enseñanza, encontrábase indefectiblemente en la calle de..., paseando la acera, puesto siempre de veinticinco alfileres, con extremada elegancia, luciendo flamante sombrero de copa y crujientes botas de charol; muy enguantado, haciendo molinetes con el roton que sostenía su mano derecha, mientras que la izquierda sobaba sin descanso la leontina de oro fino, que relucía sobre el chaleco.

Era bastante buen mozo: tenía una barba negra, espesa, recortada, que acariciaba á cada momento, y unos ojos de mirar muy cariñoso, dulzón, fijos con molesta insistencia en toda mujer algo guapa que la casualidad pusiera en su camino.

(1) Mitre: *Historia de Belgrano*.

(2) Azpurúa.

— ¿Qué hace este caballero?, pregunté un día á un compañero mío de clase, de más edad y experiencia y que sabía muchas cosas ignoradas todavía por mi candor, algo averiado ya, empero: yo creo que se pasa aquí toda la santa mañana...

— Y la tarde también y la noche, si á mano viene, replicóme con aire de suficiencia el condiscípulo.

— Pero ¿para qué?, insistí con curiosidad; ¿qué hace ahí?

— Pues ¿qué quieres que haga?.. Hace e loso.

Y viendo mi aspecto bobo, añadió:

— Sí, hombre, sí..., pareces tonto... Hace el oso á esa rubia que está en el balcón de ahí enfrente; una chica de *mistó*, por cierto.

Luego, mi inteligente compañero me explicó con muchos detalles y comentarios lo que era «hacer el oso.»

Más tarde y á medida que fueron transcurriendo años y más años, tuve ocasión de notar que D. Vicente no tenía más ocupación que aquella: «hacer el oso,» á la que consagraba todo su tiempo y todas sus facultades, viviendo únicamente, exclusivamente, para llenar aquella extraña misión á que le llamara su destino.

Carrera no había podido concluir ninguna..., apenas si empezó la de Leyes, que dejó al primer suspenso por la de Medicina, que tuvo por conveniente abandonar á los ocho meses. Metieronle sus padres en un escritorio, al cual solía llegar á la hora de salir. Y se comprende... Lo mejor de su tiempo se lo robaba aquella maldita é irresistible querencia á que no podía sustraerse en manera alguna. ¿Cómo había el muchacho de entrometerse en aulas universitarias ni en oficinas de comercio, si en cuanto vislumbraba en la calle á una hembra de buen palmito y airosos andares se le iban tras ella los pies y con los pies la cabeza, dispuesta siempre á perder la brújula?

Un día *papá* dijo á *mamá*: voy viendo, Serafina, que de este chico no hay medio de hacer nada...

Y como la respetable doña Serafina abundaba en la misma opinión de su dignísimo consorte, dióse el punto por suficientemente discutido. Con lo cual quedó tácita, pero definitivamente ratificado el derecho que se había arrogado D. Vicentito de consagrar sus ocios, es decir, toda su vida al singular empeño á que le arrastraban ingénitas inclinaciones.

Murieron sus padres, heredó de sus bienes, encontróse bastante rico para proseguir en el ejercicio de su vocación; pasaron más años, estuvo en el transcurso de los mismos diez ó doce veces á punto de casarse, y siempre fracasaron esas nobles tentativas, gracias al irremediable sino que perseguía á D. Vicente, que le decía: «anda, anda tras de todas las mujeres...» Y él seguía andando sin tregua, olvidando por Julia los compromisos contraídos con Pepita, plantando á Mercedes para enamorar á Rosarito, abandonando la conquista á medio hacer de Cecilia para principiar la de Florentina, errando de un lado á otro como un fantasmón, haciendo perennemente el oso.

A veces sus amigos, ó sus amigas, decíanle con acento de cariñoso reproche: «Pero ¡qué calavera es usted, Vicentito!.. ¡Qué Tenorio!..»

En lo cual mentían, ó mejor dicho, se engañaban los tales acusadores. Podían las apariencias tachar de calavera á nuestro hombre; pero lo que es serlo, él no lo era. Y Tenorio mucho menos: si el terrible caballero sevillano causó, á lo que refiere la leyenda, grandes y criminales estragos en corazones, honras y virtudes, no tuvo el bueno de D. Vicente que reprocharse jamás la comisión de hazañas como las que inmortalizaron el nombre del famoso burlador. Don Vicente no hacía más que el oso, nada más; pero esto sí..., ¡qué bien lo hacía!

La opinión pública, que concluye siempre por otorgar justicia, no le tenía por calavera, ni por Tenorio, y le designaba de manera eminentemente acertada y expresiva. *El caballero que hace el oso*, decía la *vox populi* al referirse á D. Vicente, y con esta denominación se le conocía en toda la ciudad, cuyas calles y cuyas plazas tenía mil veces paseadas nuestro eximio rondador en todas direcciones, en cuyas aceras y esquinas se había exhibido durante horas enteras con la vista clavada en un balcón, con frecuencia desierto, impreso en el rostro un sello de serena placidez.

poca talla le dejan corrido y lelo, obligándole á escapar con el rabo entre piernas. Más de una vez también oyó silbar junto á sus oídos algún proyectil del reino vegetal disparado por una mano oculta, y más de una vez, en fin, si no mienten las crónicas, hicieron aquellos poco nobles disparos blanco certero en el reluciente espejo de la bien planchada chistera. Hasta oí asegurar en cierta ocasión que una noche se desprendió al través de una celosía todo el no muy limpio ni oloroso contenido de cierto recipiente que puso á nuestro caballero hecho una lástima y le arrancó una protesta vehementísima. Mas si le dolió en el

alma — y en la levita — el lance, no fué la mojadura motivo bastante para que curase D. Vicentito de su manía y renunciara á sus empresas.

¿Y cómo había de serlo, si la misma implacable mano del tiempo que todos los bríos aniquila y todos los entusiasmos extingue, probó en vano de pararle los pies al héroe?..

No pudo, no, el grande y terrible peso de los años quitarle al buen caballero andante de paseos y aceras aquella tan dulce ilusión en que se ufanaban su espíritu siempre joven y su corazón siempre enamorado.

Volaban insensiblemente los inviernos y los veranos, las primaveras y los otoños con su implacable rapidez y matemática exactitud: unas tras otras las innumerables doncellas á quienes *oseara* (con perdón sea dicho de la grey académica) el constante D. Vicentito pasaban de la juventud á la madurez; muchas de ellas eran casadas, no pocas estaban cargadas ya de prole; algunas tenían nietos y peinaban respetables canas..., apenas si su inofensivo perseguidor de antaño se atrevía á reconocerlas..., apenas si de cuando en cuando, al tropezar en la calle ó en la iglesia con una ya derruida matrona, de carnes fofas, cintura piramidal, cabellos grises y respiración fatigosa, prestaba oídos á una vocellita interior que le decía: «Mira, Vicente, esa es aquella gentilísima rubia, aquella preciosa Joaquina á quien enamorabas en..., ¿en qué año era?.. ¡Ah, sí!.., cuando lo de Vicálvaro..., ¿te acuerdas?»

El no quería acordarse..., ¡ea! que no quería..., ¿para qué?.. Luchando gallardamente con la edad, hecho siempre un petimetre, enderezando el busto que se rendía, apelando á su energía moral para dar soltura y ligereza á unas piernas cansadas y reumáticas, veía-se todavía resistir y batallar con tenacidad.

Y no hace mucho tiempo tuve la satisfacción de contemplar al veterano, andando, ó arrastrándose, tras una buena moza. Con la tez amirallenta y arrugada, lacios y rojizos los párpados, húmedos y tiernos los ojos, blancos los labios, pero negros, negríssimos los bigotes así como el pelo de la peluca, presentaba D. Vicente el aspecto

más lamentable... y el más innoble. Me habría inspirado piedad á no causarme asco.

* *

Un día supe que había muerto. Y muerto como quien dice en el campo del honor... Rondábale la calle á una chica, y esperando que ésta se asomara al balcón, aguantó uno de aquellos chubascos que dejan á un hombre hecho una sopa en menos que canta un gallo.

Al otro día D. Vicente se despertaba con una pulmonía de las que se saldan con una misa de *Requiem*. Peleó con ella desde la mañana de un lunes hasta la tarde del miércoles siguiente; echó un pirolo á la enfermera que le asistía y lanzó el último suspiro á los sesenta y ocho años de su edad y á los cincuenta y tres de hacer el oso.

Séale la tierra ligera.

JUAN BUSCÓN



ENSUEÑO, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

Placidez íntima, de hondísimas raíces, á prueba de reveses, que no consiguieron alterar nunca cuchufletas ni sarcasmos, desdenes ni desaires, lluvias ni vientos, rigores de estío, ni crudezas de invierno. A las miradas irónicas ó á las frases despreciativas de hembras á quienes molestaba la persecución de D. Vicente, respondía éste con ojos ternísimos, con suspiros capaces de ablandar la dureza de un peñasco ó con palabras de almíbar pronunciadas al oído. A las burlas, con frecuencia no muy áticas, de horteras, de fregonas y de granujas, testigos de sus rondas y paseos, contestaba con el silencio glacial, con la impasibilidad soberana, irreductible, del varón fuerte á quien no pueden separar del camino que se ha trazado los despreciables ladridos de la genticilla inculta y grosera.

Más de una y más de mil veces escuchó indirectas ofensivas, dicharachos ultrajantes, apóstrofes de aquellos que á un bisoño y hasta á un veterano de

EL CENTENARIO DEL NATALICIO

DE DONIZETTI EN BÉRGAMO

El día 22 de agosto último comenzaron en Bérgamo las fiestas del centenario del ilustre compositor Cayetano Donizetti. No habiendo podido inaugurarse el monumento de Francisco Jerace por no estar terminado todavía, lo más notable que aquellas fiestas ofrecieron fué la exposición organizada en el palacio *dei tre Passi*, exposición interesantísima para cuantos la visitaron recordando la vida del autor de *Lucia*.

En la planta baja del citado edificio habíanse colocado todas las reliquias enviadas desde Constantinopla por los sobrinos de Donizetti, consistentes en retratos al óleo y a la acuarela del inmortal maestro y de su hermano José, excelente músico también y director de la banda del sultán de Turquía. En dos pequeñas vitrinas veíanse numerosos autógrafos musicales, cartas, memorias y una botonadura que Rossini regaló á Donizetti como muestra de gratitud por haber ido éste expresamente á Bolonia á dirigir su *Stabat Mater*. En la propia sala figuraba un pequeño reloj que á Donizetti regalara su maestro Mayr por haber aquél, según se cuenta, aprendido de memoria toda una ópera de éste, burlando así á un empresario que se había apoderado de la partitura y se negaba á devolverla á su autor.

La sección austriaca componíase de todos los objetos que figuraron en la exposición donizettiana celebrada en el mes de mayo último en Viena, ciudad en donde Donizetti obtuvo los éxitos más brillantes de su carrera artística y los cargos de director de orquesta y compositor de la corte. En esta sección continuaba la colección de autógrafos, de retratos y gran número de láminas y fotografías de los principales intérpretes de las obras de aquel maestro; la Malibrán, la Pasta, la Grisi, la Sonntag, la Ungher, la Marchesi, Jenny Lind, la Alboni, Rubini, Lablache, Tamburini y muchos otros.

Después de la sección austriaca seguía una colección de autógrafos, retratos y especialmente caricaturas enviadas por F. Nicola Manskoff de Francfort. Pero de todas las secciones la más importante era



CENTENARIO DEL NATALICIO DE DONIZETTI
Retrato del inspirado compositor (de una litografía hecha en 1825)

ópera *Ne m'oubliez pas*, inédita y no mencionada por ningún biógrafo. Grande también era el número de retratos y muy interesantes las caricaturas.

Las salas del primer piso ocupábalas la sección italiana, con profusión de partituras y cartas autógrafas remitidas por el Conservatorio de Milán, por la casa Ricordi, por el notario Dolce de Bérgamo, por la baronesa Scotti y otros. Allí se veían los recuerdos más conmovedores de la vida del gran compositor: una habitación reproducía exactamente y con los mismos muebles la del palacio Scotti de Bérgamo, en donde murió el maestro en 8 de abril de 1848, el lecho en donde expiró, la butaca en donde pasó los últimos días de su existencia, un cuadrillo al óleo con una Virgen, tres grabados de la época y varios otros objetos.

Otro recuerdo de esta sección era el piano de Donizetti, el piano que en 1845 enviaba á su cuñado Vasselli diciéndole: «No vendas por ningún precio ese piano que encierra toda mi vida artística desde 1822. Lo tengo en mis oídos, en él murmuran las Anas, las Marías, las Lucías, los Robertos, los Belisarios, los Marinos, los Mártires, los Olivis, Furioso, Paria, Castello di Kenilworth, Diluvio,

Gianni di Calais, Ugo, Pazzi, Pía, Rudenz. ¡Oh, deja que viva mientras yo exista, pues con él viví la edad de la esperanza, la vida conyugal, la soledad!.. Él escuchó mis alegrías, mis lá-

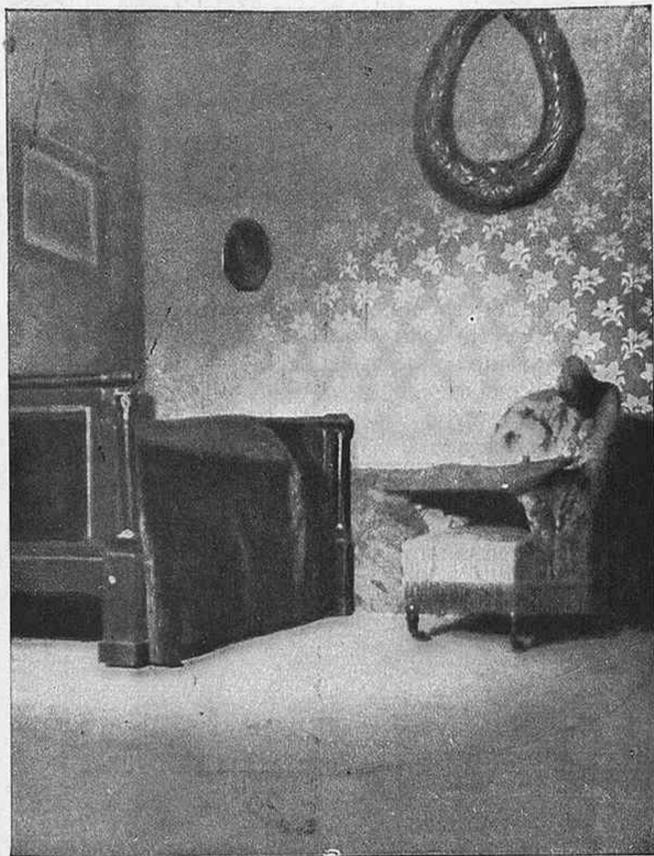
grimas, mis esperanzas, mis desilusiones, los honores..., él compartió conmigo mis sudores y mis fatigas..., en él vivió mi genio, en él viven todas las épocas de mi carrera..., de tu... ó de tus carreras. A tu padre, á tu hermano, á todos nos ha visto, á todos nos ha conocido, todos le hemos atormentado, de todos fué compañero...»

Después de esta carta dulce y triste como una elegía, comienza para Donizetti el período doloroso, acércase el ocaso de aquella noble inteligencia. «Luz, luz! — exclamaba el compositor en una de sus últimas cartas. — O la de Dios, ó la de aceite, ó la de cera.» Y el Donizetti de aquella época resucitaba ante los que visitaban la exposición, no sólo por sus cartas inconexas, no sólo por los recuerdos de los amigos y por las narraciones de los conocidos, sino que también por una fotografía, por un pequeño daguerrotipo hecho en París en 1847 y que representa al maestro enfermo, asistido por su sobrino Andrés en su casa de la avenida de Chateaubriand, de París: en ella se ve á Donizetti completamente caído, recostado en una butaca, con los ojos medio entornados y los labios hinchados y con expresión dolorida.

A falta del monumento que debía inaugurarse, á falta de otros festejos, los que con motivo del centenario acudieron á Bérgamo visitaron los lugares que recuerdan al maestro, el magnífico templo de Santa María Maggiore, donde se levanta el monumento de Vicente Vela, que reproducimos en esta página; el palacio Scotti, donde murió Donizetti, y la modesta casa de Borgo Canale, en donde el compositor ilustre vió la luz.

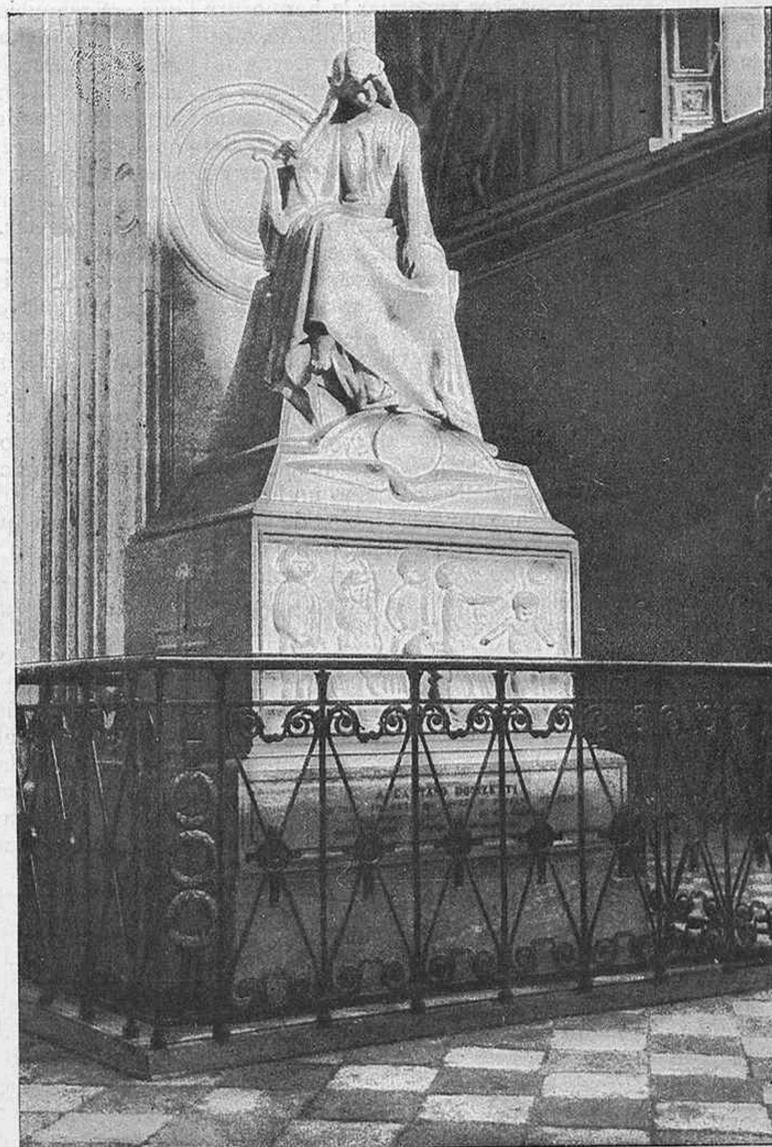
«Nací debajo de tierra — escribía Donizetti á Mayr en julio de 1843 — en Borgo Canale: á aquella estancia llegábase por una escalera de bodega en donde nunca penetró la luz y por la cual hube de emprender el vuelo como un buho.»

Y aquel vuelo, como dice un célebre escritor italiano, fué el vuelo del águila. — X.



CENTENARIO DEL NATALICIO DE DONIZETTI. — Reproducción con los muebles auténticos del cuarto en donde murió Donizetti

indudablemente la de París, la capital en donde quedó consagrada la gloria de Donizetti y para cuyos teatros escribió éste *La Favorita*, *Don Pascuale*, *Marino Faliero* y *Don Sebastiano*. El número de partituras autógrafas que en esta sección figuraban era grandísimo, habiendo entre ellas el final de una



MONUMENTO Á DONIZETTI EN LA IGLESIA DE SANTA MARÍA MAGGIORE DE BÉRGAMO, obra de Vicente Vela

CACHITO DE CIELO

(NOVELA CORTA)

I

Como quien se dispone á contar una historia larga, arrellanóse mi amigo Luis en el sillón, y en la penumbra en que nos hallábamos envueltos en aquella hora del anochecer, me dijo:

No sé si aguijoneado por la sed ó atraído por la belleza del ama del aguaducho, me senté delante de un velador de madera, honorosamente cubierto de albayalde: pedí agua con merengues (una de mis debilidades es la de gustarme mucho los merengues). Me sirvió la aguadorcita y fué como en volandas á continuar la tertulia con unos señoritos de sobra risueños y alborotadores que ocupaban un velador inmediato al mío.

Adivinarás que desde el primer momento me fueron antipáticos los señoritos del velador y que me quedé embobado con aquel diablito femenino tentadoramente vestido con una falda azul, de lana, y una blusa de seda, color barquillo, sobre la que campeaban en aquella parte más prominente un manojito de claveles rojos y blancos, no tan rojos como los labios ni tan nítidos como nítido era el rostro de su dueña.

Para que durase más el vasazo de agua pedido, bebí á sorbos pequeños, y sin darme cuenta de lo que hacía, llamé á la joven y pedí otro merengue y otro vaso de agua: total, para no cansarte, en las dos horas que permanecí como pegado á la silla del aguaducho, convertí mi estómago en un *acuarium*. Soy testarudo en mis decisiones y hubiera permanecido atracándome de agua Dios sabe las horas, á no venir en ganas los señoritos de levantarse, despidiéndose todos de la aguadora con esta frase:

— ¡Hasta la noche, *Cachito de cielo!*

— ¡Que no dejéis de venir!, indicó la moza con cierto interés cariñoso.

— ¡No faltaba más, Patro!, afirmó uno de los contertulios, estrechando con fuerza la manecita de *Cachito de cielo*.

He de advertirte que en las dos horas de espera tracé *in mente* un plan de conquista que haría honor al más desenfadado y ducho en lances parecidos, y eso que jamás supe ni me atreví á enamorar á ninguna mujer por considerar que caía en el ridículo más espantoso.

Entraba en mis propósitos encomiar la hermosura de la aguadorcita con frases de un tono subido, ofrecerla mi corazón, mi título de doctor en Leyes, mi fortuna, mi..., todo lo que un hombre puede ofrecer puesto en tal disparadero: mas aún, tenía pensados unos cuantos giros retóricos que indudablemente llegarían al corazón de aquella que más que reinar en un aguaducho debía reinar en un palacio.

Pero... es el caso que en el momento de querer poner en práctica estas altisonancias, me quedé como mudo y miré azorado á la muchacha, la cual mientras recogía el servicio del velador de los señoritos, me miraba con el rabillo del ojo, sin duda asombrada de mi gran cachaza y del estómago mío que tal diluvio había resistido sin estallar como un triquitraque.

No se me ocurrió otra cosa que dar una palmada tímida y al ver acercarse á *Cachito de cielo* me puse colorado como una cereza y balbuceé como un imbécil un «¿Cuánto?» que hizo asomar á los labios de la chiquilla una sonrisa no sé si de satisfacción porque abandonaba el puesto ó de zumba por mi estultez.

Entregué para que se cobrase una moneda de cinco pesetas, y al ir á registrarse el bolsillo del delantal para darme la vuelta, la hice seña de que parase en la captura de los cuartos, y dije de prisa, como si cometiera un delito:

— ¡Para usted, *Cachito de cielo!*

— No, caballero, usted se equivoca, me replicó Patro.

Ante esta réplica redobló mi azoramiento.

— No, no, afirmé como si me atragantara, ¡quédese usted con la vuelta!

— ¡Dispéñese usted si no la acepto!, insistió con tal fiera que instintivamente alargué la mano, recogí las monedas, refunfuné un «¡Buenas tardes!» y me marché confuso y avergonzado, resonándome aún en el oído aquella protesta de una intención pecaminosa que sin duda adivinó Patro en mi sospechosa generosidad.

II

¿Querrás creerlo?.. A la noche ocupaba yo el mismo velador de por la tarde y los señoritos antipáticos formaron su tertulia, á la cual agregábase Patro en

los momentos que la dejaba libre el trajín del aguaducho: noté que los tertulianos me miraban y se sonreían: era indudable que la aguadora les había dado noticia de mi hombrada. Pude observar que de todos los del corro, uno me observaba con sospechosa insistencia y con cara de pocos amigos, como vulgarmente se dice. Pero esto, que en otro caso hubiera soliviantado mi ánimo un tanto inquieto, no me produjo alteración alguna: mis ojos, mi alma entera pendían de *Cachito de cielo*: estaba enamorado de la muchacha.

Permanecí poco rato en el aguaducho, me dirigí á mi casa y me acosté, no para dormir, sino para soñar despierto: desgracia esta que les ocurre á todos los que se encuentran «mal feridos de amor.»

No quiero alargar esta confesión mía contándote los múltiples pensamientos que rodaron por mi cerebro, ni las mil y una novelas que trazó la fantasía: paso por alto los distingos consiguientes de pura conveniencia social que se oponían á la realización de mi deseo por tratarse de una aguadora y de un señorito: acaso pienses que no había por qué extremar la realidad y que el caso podría muy bien reducirse á una aventura galante sin consecuencias: uno de tantos vulgarísimos contubernios entre la simpatía y el «vil metal;» pero mi pasión, por ser la primera sentida, rechazaba tan grosero maridaje: además Patro debía ser una mujer honrada que no se dejaría sujetar, como otras muchas, con cadenas de oro.

También paso por alto las innumerables visitas que á pretexto de refrescar hacía yo al aguaducho, mejor dicho, á la aguadora; las miradas lánguidas y las palabras de doble sentido que le dirigía. Y ella, ¡bendito sea Dios!, más parecía alejarse de mí cuanto más cerca yo la anhelaba.

Quise cerciorarme de si era digna del cariño ferviente que yo le prodigaba sin esperanza: satisface mi curiosidad, y más prendado quedé de Patrocinio con las noticias que acerca de su conducta pude adquirir: mi corazón no me había engañado: la Patro era una muchacha honrada, á la cual no se le conocía ninguno de esos trapicheos que son el pan cotidiano en mujeres de su estofa: era huérfana de padre y sostenía á su madre con lo que se agenciaba en el puesto de agua. Tenía un novio, aquel joven que desde el primer instante me puso cara de pocos amigos. El noviazgo en el punto y hora en que me fué revelado padecía eclipse por parte de él: los celos habían proyectado la sombra: él quería que Patro abandonase el trajín del aguaducho: ella no accedía por cuanto que era renunciar al *modus vivendi* suyo y de su madre. Él no podía — por tratarse de un estudiante sin medios de fortuna — precipitar los acontecimientos y casarse, única forma de que Patro aceptara la protección: mi Mentor en esta historia agregó, á guisa de comentario, que era lástima grande que dos muchachos simpáticos y que se querían con alma y vida tuvieran que separarse por la eterna canción de un puñado de pesetas.

Al saber esto, se entabló necesariamente entre mi conciencia y mi amor ese diálogo sin palabras que precede á una resolución en la cual se lastima más ó menos directamente á un tercero.

Somos crueles y egoístas en cuanto se trata de satisfacer un deseo que nos aguijonea: te digo esto porque después de corta vacilación decidí arriesgar el todo por el todo.

Y aquella noche abordé resueltamente la cuestión con Patro.

(Mi amigo, que se sentía algo fatigado, paró aquí en su discurso.)

III

No sé decirte, continuó Luis, si debí el triunfo á la sinceridad de mis palabras ó al despecho de Patro hacia la injustificada ausencia del «otro:» lo que sí te aseguro es que en mi vida gocé de mayor ventura que cuando «ella» con briosa resolución me dijo que aceptaba mis relaciones, siempre que á las mismas no se opusiera su madre, tribunal supremo que debía decidir de mi suerte.

Obtuve de la madre de Patro una acogida cariñosa: expuse el deseo que me guiaba á pedirle su venia para formalizar mis relaciones con su hija, y á la justa observación que ambas mujeres me hicieron acerca de la desigualdad de posición social repliqué que el corazón no sabe nada de eso ni le importa, y que siendo yo, como era, libre, sin tener desgraciadamente á nadie á quien dar cuenta de mis actos, lo que el mundo dijera me tenía sin cuidado.

Aceptado en esta forma, rogué á Patro y á su madre que abandonaran el aguaducho y buscaran una persona que estuviera al frente del negocio como subarrendatario hasta nuestro próximo enlace, en

que venderíamos el puesto, destinando á limosnas su importe.

Dispensa mi prolijidad, pero he querido acentuar el principio de estos amores míos para que juzgues mejor el drama psíquico en que he sido víctima y verdugo.

Días antes de celebrarse nuestra boda, Patro me dió á leer, sin abrirla, una carta que había recibido de su antiguo novio.

Se la leí yo en voz alta: la carta era una protesta de amor, una súplica de perdón y una promesa de eterna ventura: dábale por enterado de que otro hombre quería suplantarle en el corazón de su adorada.

«Patro, pero esto no es posible (son palabras textuales de la carta que me sé de memoria), si son ciertos tus juramentos de que yo he sido 'el único' hombre al que has amado y amarás siempre.» El final de la epístola era este: «Te pido por lo que más quieras en el mundo que devuelvas la paz á mi alma, que la ha perdido desde que te abandoné (no creas que rebusco las palabras para conmoverte, sabes que pecho siempre de sincero). Si tal fuera tu decisión que no hicieras caso de mis súplicas, te prometo encontrar de la manera que tú menos imaginas la paz que deseo. Sobre tu conciencia ha de ir cuanto suceda.»

Puedes suponer que ninguna gracia me hizo la lectura de esta carta: me abstuve de hacer comentario alguno: observé que Patro había palidecido mucho y que en sus ojos había lágrimas.

Aun cuando no sentían lo que expresaban mis labios, por el bien parecer advertí á mi futura que si algún cariño sentía por aquel hombre, libre era en poder manifestárselo, aunque yo para ello perdiese toda mi felicidad.

— ¡No, Luis!, me dijo Patro con resolución, pasándose nerviosamente las manos por los ojos como avergonzada de sus lágrimas. ¡No pensemos más en ese hombre!

Dijo esto con acento trémulo: la madre agregó con viril energía:

— ¡Como si no hubiera escrito! ¡La callada por respuesta!

IV

Logré realizar mi ventura.

Cachito de cielo, la bellísima aguadora del Prado, habíase transformado en la dama más bonita y elegante que hombre alguno pudo llevar del brazo.

¡Qué idilio el de nuestra luna de miel!

Llegó á tal punto nuestra felicidad, que algunas veces sentía miedo horrible de ser tan dichoso, y en voz baja hacía partícipe á mi Patro de mis absurdas preocupaciones. Ella desvanecía el fantasma de mi imaginación. ¿Tener miedo de lo porvenir quienes como nosotros así nos adorábamos?..

(Al decir esto, Luis, hondamente emocionado, dejó escapar un fuerte suspiro.)

— Sí, amigo mío, yo nunca he sido escéptico, y no obstante, la incredulidad hacia la continuación de horas tan felices llenaba mi espíritu: no me consideraba yo acreedor á disfrutar de tanta ventura. ¡No! En buena lógica había yo robado á otro hombre su felicidad. Podía establecer muchos sofismas para desvirtuar esta conclusión, pero esto no era más que querer vestir á un esqueleto para que no resultara repugnante su armazón: debajo del ropaje quedaba siempre el esqueleto.

Una tarde el criado de casa nos anunció la visita de un delegado del Juzgado de guardia.

Patro y yo nos miramos asustadizos como si presintiéramos una desgracia.

— ¡Que pase!, ordené al criado.

— ¿Qué querrá el Juzgado de nosotros?, me preguntó Patro en voz baja.

— ¡No sé! ¡Ahora veremos!, repliqué con impaciencia.

V

Miré á Patro y vi que su rostro tornábase pálido, que la angustia había impreso en él su sello y que las lágrimas, rebeldes, pugnaban por salir de las hermosísimas cárceles adonde se asomaban.

El alguacil del Juzgado, un hombrecito insignificante, vestido de negro como una araña, nos contó el motivo de su visita con una impasibilidad extraordinaria: es más, dijérase que en su rostro escuálido, de muerto, vagaba una sonrisa desdeñosa... hacia nosotros que le escuchábamos espantados. ¡Como si mereciera la molestia de emocionarse el mensaje de que era portador!..

Se marchó el hombre haciéndonos una ridícula reverencia, y al quedarnos solos, Patro se arrojó en

mis brazos y con silencio abrumador quedóseme mirando. En sus ojos leía yo una protesta... ¡No! ¡No éramos culpables de aquella desgracia!.. ¡Podríamos vivir felices!.. ¡Consagrarnos egoístamente á nuestro cariño!..

Rasgué el sobre que tenía en la mano, y emocionado saqué de él un plieguecillo de cartas que desdoblé tembloroso... Patro, apoyada su cabeza en mi hombro, tenía fija la vista en aquel papel. ¡Lo leímos ambos!..

Era carta de él, del suicida.

«Te prometí - decía con laconismo que ponía frío en los huesos - encontrar la paz que tus desdenes habían quitado á mi alma, y he cumplido mi palabra confiando á un revólver lo que tu corazón me había negado.

»El cielo te dé toda la ventura que tu traición hacia mí me ha robado.»

Al acabar la lectura, Patro, en un momento de excitabilidad nerviosa, arrebató de mis manos la carta y estrujándola la arrojó sobre el fuego de la chimenea.

Nuestras miradas se cruzaron, y los dos, como si obedeciésemos á un mismo sentimiento, bajamos la cabeza... ¡Teníamos miedo de mirarnos!..

Ni los labios de Patro ni los míos recordaron jamás al suicida; pero la sombra de éste parecía haberse interpuesto entre ambos desbaratando nuestra felicidad.

No existía ya entre nosotros la franca expansión de días mejores: una dolorosa incertidumbre presidía á nuestra voluntad: la inquietud nos dominaba: de los labios de mi Patro huyeron las sonrisas como huyen las golondrinas del tejado ruinoso... Y ruinas eran ya nuestros amores.

Una tristeza melancólica se apo-



ENTRE LOS TRIGOS, fotografía de H. Heydenhaus

deró de Patro... ¡Cuántas veces con febril impaciencia me pregunté á mí mismo la causa de aquel dolor vago que anublaba su rostro! ¡Habría revivido en su pecho el amor hacia aquel hombre?.. ¡Era el remordimiento lo que originaba su pena, que Patro se esforzaba en desecharlo sin conseguirlo? Estaba ante un caso psicológico sin nombre... ¿Cómo volver á la vida venturosa á aquella alma tan sensible?.. Y las ideas más extravagantes me obsesionaban sin que encontrase la apacibilidad anhelada: cada vez veía el problema más irresoluble.

Como único remedio confiaba en la llegada de la primavera... Huiríamos de Madrid. ¡Huir!, esa es la palabra. Nos iríamos lejos, muy lejos, y acaso se desvaneciera el fantasma que pesaba sobre nuestra conciencia lo mismo que plomo.

Pero aquella esperanza, la última, fué deshecha brutalmente: un día Patro se sintió indispueta. Y... ¡bueno!.., no sé decírtelo, no quiero contarte lo horrible del caso... ¡Murió! ¡Eso es!.. ¡Murió de pena!.. Y en su delirio febril sonaba un nombre... El de «él», el del suicida... Y una confesión brotó de sus labios resecos como lirios agostados... Después de muerto, le amó lo mismo que le amó antes... ¡A mí me odiaba!.. ¿Puedo decirte el efecto que esto me produjo?.. ¡No!.. Las palabras serían sólo ruido, modulaciones extrañas... Desde que supe esto he vivido muriendo... y la sombra del suicida es la que con fuerza de gigante me arrastra á terminar cuanto antes el camino de la vida...

Dijo esto mi amigo con voz de lágrimas; en aquel momento lloraba el recuerdo de una pasión que le hizo feliz unos cuantos días.

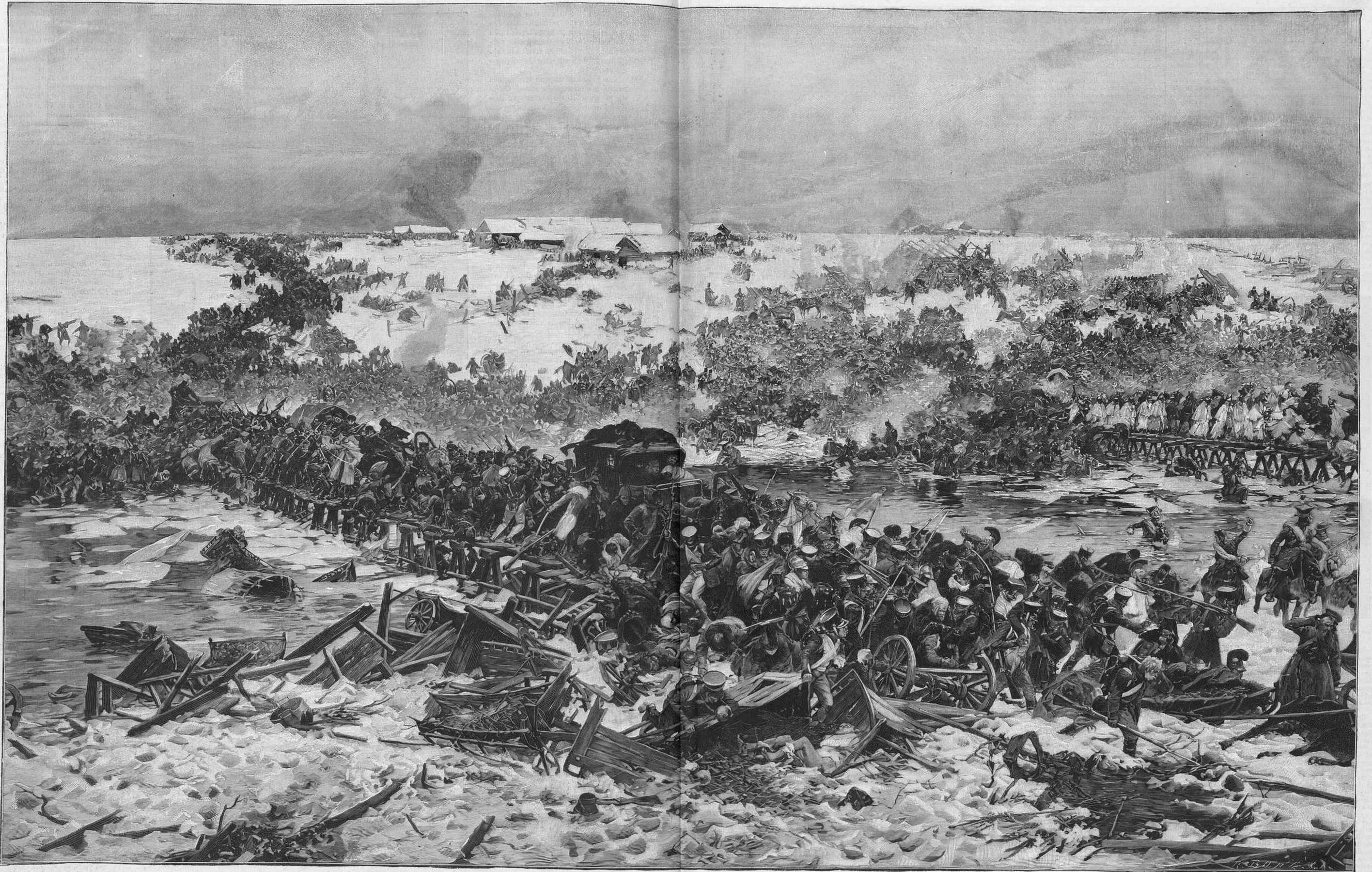
Unos cuantos días: los únicos que dura la felicidad.

ALEJANDRO LARRUBIERA



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - ULTIMAS OPERACIONES PARA SOFOCAR LA INSURRECCIÓN DE CAVITE. DESEMBARQUE DE MARINERÍA EN LA ENSENADITA DE APLEITA

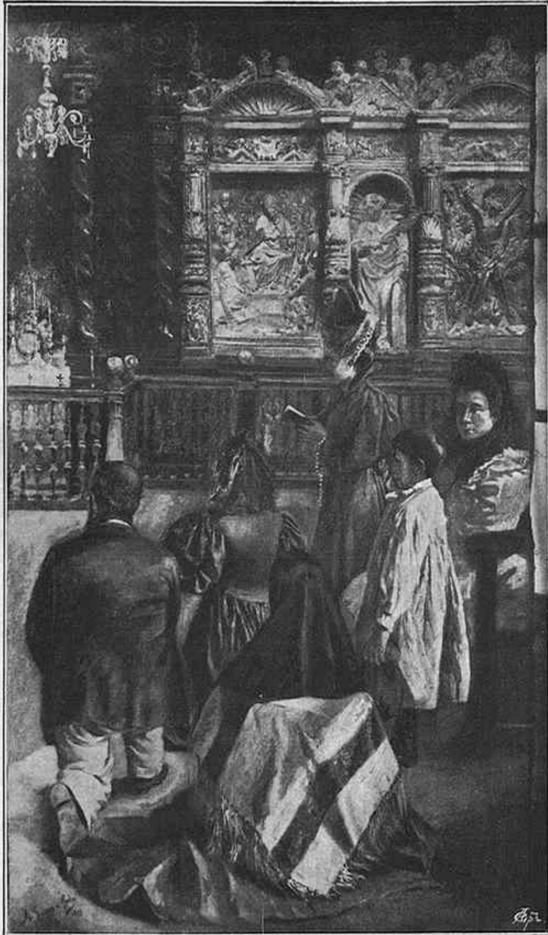


EL EJERCITO DE NAPOLEÓN I PASANDO EL BERESINA, FRAGMENTO DEL PANORAMA TITULADO «BERESINA,» PINTADO POR J. FALAT

NUESTROS GRABADOS

Danza gitana, cuadro de A. H. Schram.—La belleza, la gracia, la esbeltez de las mujeres de la raza gitana, raza menospreciada por muchos que sólo conocen de ella esos ejemplares sucios y andrajosos que vemos por nuestras calles acosando a las gentes con la tradicional frase de «Te digo la buenaventura, *resalao?*» han tenido un intérprete inspirado en el pintor alemán Schram: la gitana que nos presenta en su cuadro empuñando la pandereta y disponiéndose a ejecutar una de sus típicas danzas, reúne todas aquellas cualidades; su rostro es de perfecta hermosura, sus ojos tienen ese fuego especial que ha hecho que se considerara a las zingaras como dotadas de un poder sobrenatural para atraer a los hombres; sus cabellos ofrecen ese brillante negro de azabache que en vano se busca en otras mujeres; al través de su vistoso traje denunciase una corrección de líneas que caracteriza a las hembras de su raza, y en su actitud adviñase la flexibilidad y la gentileza de movimientos, que son el distintivo de los bailes orientales.

Por la paz de la patria, cuadro de Anselmo Gascón de Gotor.—Representa este lienzo a varios fieles que oran ante el Santísimo Cristo de la Seo de Zaragoza, en donde se celebraron solemnes fiestas implorando la terminación de las guerras de Cuba y de Filipinas. A un lado se ven parte de la churrigüesca capilla y los relieves del trascoro plateresco, estuco magno del gran Tudelilla, Martín Tudela, de Tarazona, rival del castellano Berruguete. Todos estos detalles artísticos del lienzo, así como las figuras que en él aparecen, están hábilmente tratados y demuestran las buenas cualidades que adornan a su joven autor. D. Anselmo Gascón de Gotor ha obtenido premios en la Exposición Nacional de 1895, en las aragonesas de 1885 y 1886 y en dos certámenes de Teruel, es académico correspondiente de la Academia de San Fernando, socio de la Sociedad Científica de Bruselas é individuo



POR LA PAZ DE LA PATRIA, cuadro de A. Gascón de Gotor

de la Comisión de Monumentos de Zaragoza, ha sido pensionado por el Ayuntamiento zaragozano y ha visto premiadas algunas obras literarias sobre Bellas Artes y Arqueología, en especial la importantísima que con el título de *Zaragoza artística monumental é histórica* escribió en colaboración con su hermano D. Pedro, que obtuvo medalla de plata en la Exposición histórico-americana celebrada en Madrid en 1892 y de oro en la de Bruselas.

Ensueño, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición de Bellas Artes de 1897).—*Ensueño* titúlase en el catálogo oficial de la última Exposición de Bellas Artes el cuadro que reproducimos, con cual denominación trató el autor de poner coto a los equivocados juicios que su obra mereció antes de remitirla al certamen. Respetamos su resolución, pero creemos que así no expresa por completo el asunto que se propuso desarrollar. Cutanda, en cuyas obras se adivina siempre al artista en la plena posesión de sus facultades y al pensador de elevadas concepciones, quiso glorificar simbólicamente a la *Virgen del taller*, y con ella a la dulce compañera del obrero, a la que dignifica el hogar, a la esposa ejemplar que impuesta de sus deberes, dispuesta siempre, resignada y animosa, a sufrir los embates de la vida, eleva el espíritu de su esposo, lo alienta y anima, saturada su alma de las cristianas virtudes. Atrevida podrá parecer a algunos la obra del distinguido artista; pero es preciso confesar que la concepción corre pareja con el concepto, puesto que en la hermosa figura de la joven obrera vese confundido el símbolo con la realidad, y tras la aureola que ilumina su cabeza admírase a la esposa y a la madre cumpliendo su doble misión, obteniendo fuerzas de su debilidad, prodigando el tesoro de su ternura y de sus virtudes.

El cuadro de Cutanda es, a nuestro juicio, una gallarda y felicísima manifestación de la pintura moderna. El artista ha tenido muy en cuenta la época en que vive, é identificado con ella ha abandonado los recursos del efectismo para producir lo

que hoy exigen los cánones artísticos de sus más inteligentes cultivadores.

Ahmed-Riza, jefe del partido de los Jóvenes turcos.—Hombre de unos cuarenta años, de elevada estatura, dulce y reflexiva expresión y de vida sencilla, pertenece a una familia distinguida. Su padre ocupó altos puestos en la diplomacia y fué algún tiempo embajador de Turquía en el imperio austro-húngaro. Ahmed-Riza hizo sus estudios en Francia, por lo cual habla y escribe el francés con gran pureza. Desempeñó algunos empleos importantes en su patria y entre ellos el de director de Instrucción pública en el vilayeto de Constantinopla y Bruza. En este cargo pudo convencerse de lo deficiente que era la enseñanza en las escuelas, donde los alumnos sólo aprendían versículos del Corán, instrucción muy a propósito para crear fanáticos. Ahmed-Riza hizo lo posible por modernizar el sistema pedagógico, liberalizándolo. Creyendo propicio el momento en que el sultán Abdul-Hamid manifestaba disposiciones liberales y hacía concesiones al partido de los Jóvenes turcos, trazó un programa de reformas con objeto de difundir entre las poblaciones otomanas ideas de civilización, programa que presentó respetuosamente al sultán; pero habiendo variado éste de política, el audaz director recibió orden de presentarse en palacio. Conocedor de lo que esta orden significa en Turquía, Ahmed-Riza se apresuró a emigrar a Marsella, y poco tiempo después un tribunal turco le condenaba en rebeldía a muerte. Hace seis años que aquél vive en París, donde ha adquirido la importancia de un personaje y fundado el periódico *Mechoeret*, que defiende sus ideas. Cuando huyó de Constantinopla no era más que un funcionario destituido: en la actualidad es el jefe de su partido, y su importancia política ha crecido tanto que se trata con él como con una potencia.

Entre los trigos, fotografía de H. Heydenhauss.—No hemos de insistir una vez más en las excelencias del procedimiento fotográfico, cuando quien maneja la máquina tiene verdadero temperamento de artista: muchas veces nos hemos ocupado de este asunto y creemos que puede darse por suficientemente discutido. Al publicar la fotografía que va en la página 631, damos por reproducido cuanto hemos dicho anteriormente, y no hacemos hincapié en los encantos que tiene ese adorable grupo infantil, porque no habrá de seguro entre nuestros lectores ninguno que no se sienta gratamente impresionado al contemplarlo.

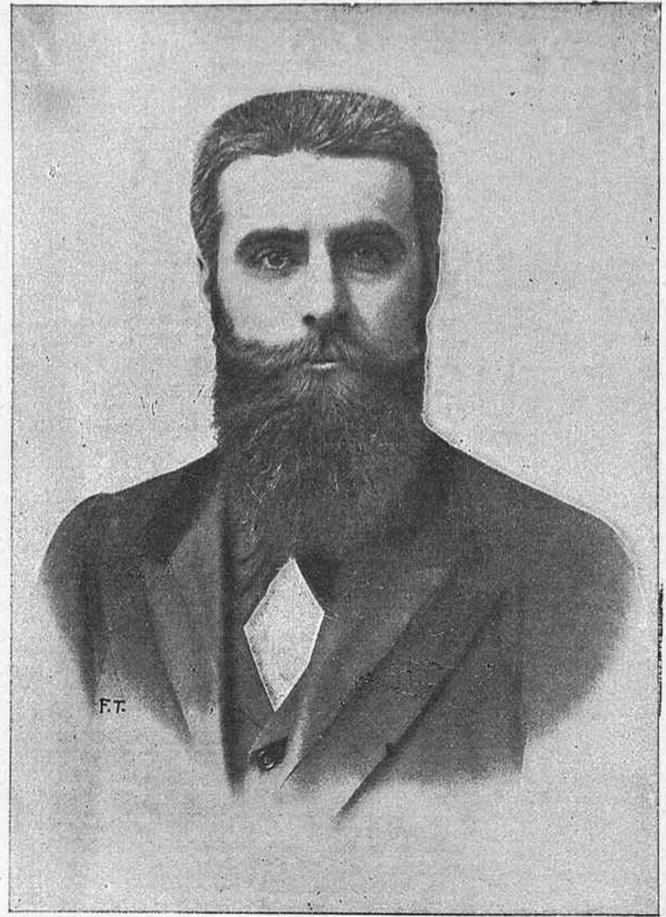
Guerra de Filipinas. Desembarque de marinería en la ensenadita de Apleita.—En la pequeña playa que forma la ensenadita de Apleita ó de Capua, en pleno terreno insurrecto, verificóse, por fortuna sin resistencia, el desembarque de la marinería que nuestro grabado reproduce. Tan pequeña es la playa, que formada la columna con fuerzas de infantería de marina, marinería y cazadores casi la ocupaba por entero. Esta parte de playa está rodeada por pequeños montes de espesa vegetación, de modo que de haber tenido allí los insurrectos algunas fuerzas la operación hubiera podido tener fatales resultados para nuestras tropas. A la izquierda se ven los botes que han conducido a tierra a las fuerzas desembarcadas y a la derecha se distinguen algunos barcos de guerra.

Como el personal de los barcos de guerra que permanecían fondeados frente a Naic quería en masa formar parte de la expedición, fué preciso recurrir al sorteo, que se verificó la víspera del desembarque, distribuyéndose en seguida raciones para dos días y 150 cartuchos por plaza y otros 150 que se colocaron en cajas. Después del rancho de la tarde se reunieron en los barcos mayores por compañías a fin de efectuar el desembarque ordenadamente.

Ya entrada la noche, el comandante del cañonero *Leyte* recibió orden de llevar anclas y con todas las luces apagadas y con el menor ruido posible reconocer la costa entre Ternate, punto que ocupaba el enemigo, y Punta Restinga, en donde tenía ya preparada la retirada para el caso, como ocurrió, de que nuestros soldados lo desalojaran de Marigondón y ocuparan a la vez Ternate. Poco antes de media noche el cañonero abandonó las aguas de Naic, y hora y media más tarde fondeaba muy cerca de Ternate: el comandante del mismo Sr. Peral mandó entonces arriar la canoa, y con solos dos remeros fué a reconocer la parte de tierra que había enfrente, regresando dos horas después con noticias detalladas de las posiciones que allí ocupaba el enemigo.

Al rayar el día fondeó la escuadra y empezó el desembarque que, según palabras de nuestro corresponsal Sr. Arias, que iba con la expedición, resultó hermoso é imponente.

Ejército de Napoleón I pasando el Beresina, fragmento de un panorama pintado por J. Falat.—Conocido sobradamente es este episodio de la desastrosa retirada de Rusia realizada por los ejércitos napoleónicos; huelga por lo tanto toda explicación sobre el mismo, y sólo diremos algo acerca del lienzo que reproducimos y que es una parte del panorama actualmente expuesto en Berlín y pintado por J. Falat y por A. Kossak, autor el primero de este fragmento que publicamos. Las verdes ondas del río Beresina están cubiertas de témpanos de hielo y en la vertiente de la nevada colina que se alza al otro lado del río se ve la aldea de Studjanka, sobre la cual avanzan los rusos procedentes del Sur. Los franceses precipítanse en confusión espantosa sobre los dos puentes de madera que cruzan el río, lanzándose por el de la derecha la artillería y el tren y por el de la izquierda la infantería y la caballería, procurando cada soldado pasar el primero, siendo no pocos los que hallan la muerte en la corriente. Esta lucha por la vida, esta angustia de un momento supremo, ese terror ante el peligro que amenaza de cerca, hállanse grandiosamente expresados en el trozo del panorama que nos ocupa y forma por sí solo un cuadro admirable. Julio Falat, que en unión de Kossak ha ejecutado con esta obra uno de los mejores panoramas de nuestros tiempos, nació en Galizia en 1853 é hizo sus estudios artísticos primero en Munich bajo la dirección de José Brandt y luego en Cracovia, de cuya Academia de Bellas Artes es actualmente director. Después de un viaje alrededor del mundo establecióse en Berlín, en donde pronto llamaron la atención sus preciosos cuadros al óleo y acuarelas, siendo hoy uno de los pintores más justamente afamados de Austria.



AHMED-RIZA, jefe del partido de los Jóvenes turcos, residente en París (de fotografía)

Granada, por los Reyes Católicos, cuadro de Isidoro Marín.—Granada, fiel guardadora de sus glorias y tradiciones, conmemora el día 2 de enero, ante el sepulcro de descansan los restos de los Católicos Reyes, el aniversario de la conquista, la fecha memorable en que se realizó la unificación de la nacionalidad española al tremolar las enseñas cristianas en las torres de la Alhambra. En tal día congreganse las autoridades en la histórica Capilla Real, en donde y después de haber rezado por el eterno descanso de los monarcas, un concejal del ayuntamiento, representando al conde de Tendilla, tremola el estandarte azul y pronuncia las conocidas frases de «¡Granada, Granada, Granada por los ínclitos Reyes Católicos D. Fernando V de Aragón y D. Isabel I de Castilla!» que recuerdan el acto de posesión de la ciudad conquistada.

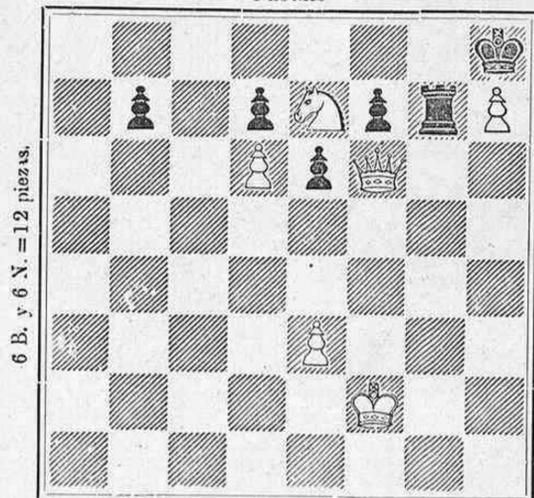
Esta es la ceremonia que ha reproducido el Sr. Marín en el cuadro cuya copia figura en estas páginas, pintado y desarrollado con la maestría y acierto que caracterizan sus producciones de este género, todas ellas destinadas a perpetuar glorias de su ciudad natal.

Teatros.—Barcelona.—En el teatro Principal ha inaugurado sus tareas la excelente compañía que dirige D. Antonio Tutau. En la función inaugural, dedicada a la memoria del ilustre Federico Soler, pusieron en escena *La dida* y *Curra de moro*, en cuya ejecución alcanzaron entusiastas y merecidos aplausos cuantos actores tomaron parte en ella y muy especialmente las señoras Mena y Munner y los señores Soler, Capdevila, Goula y Fernández.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 88, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 87, POR J. CAPÓ GONZÁLEZ

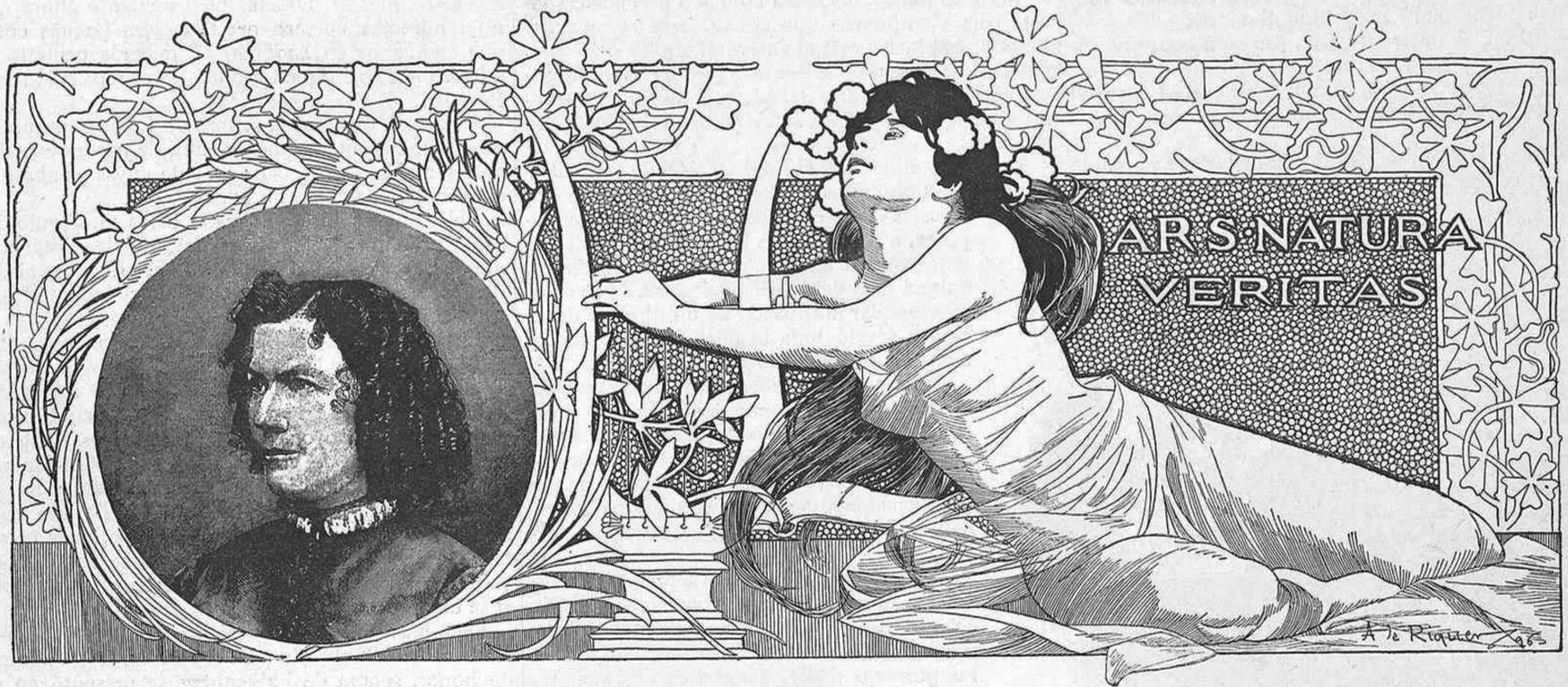
Blancas.

1. D4 C D
2. D4 R jaque
3. A mate.

Negras.

1. P4 R (*)
2. R ó P toma D

(*) Si 1. R4 R; 2. A c C, y 3. D mate; — 1. P5 D; 2. D toma P D, y 3. A ó D mate. La amenaza es 2. A c C jaque, y 3. D8 C D mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONCLUSIÓN)

Hablando de este modo atravesaron el parque, pasando por delante del castillo; todo estaba obscuro y silencioso; tan sólo una lámpara velada iluminaba las ventanas de la alcoba de Elena.

—Allá arriba, detrás de esos vidrios, lloran y sufren, murmuró el Sr. de Walde; Elena amaba con locura á ese miserable... ¡Qué espantosa debe ser para ella la decepción!

—Sube á verla, dijo Isabel; tu deber es ir á consolarla.

—¡Consolarla! ¿En este momento?.. ¡Ah, hija mía, hay penas de que no se puede uno consolar ni quiere ser consolado!.. ¡Yo hubiera recibido de una manera muy extraña al que hubiera tratado de consolarme cuando te creía irrevocablemente perdida para mí!.. Elena se ha encerrado en su habitación desde el momento en que, disponiéndome para ir á Gnadeck, he dado orden de ensillar el caballo de ese Hollfeld. Sus doncellas la acompañan. Será preciso que transcurra algún tiempo antes de que quiera verme y busque mi compañía; se ha sustraído voluntariamente á mi afectuosa compasión, y por desgracia, nada puedo hacer ahora para mitigar su pena. Cuando una persona ha sido tan cruelmente engañada, huye de aquellas que la hicieron reconocer su error, con más obstinación aún de la que mostraría para huir del que la engañara. Además no volveré á pisar hoy el umbral de la puerta de mi casa sin llevar el consentimiento que voy á solicitar de tus padres; estoy resuelto á ello. La hora es inoportuna; pero en fin, todo es insólito en nuestra situación, y espero que tus padres comprenderán esto y dispensarán mi conducta: los buenos corazones se entienden siempre.

Al pasar por delante del sendero que conducía al banco cerca del cual tuvo lugar el encuentro entre Isabel, su hermanito y el Sr. de Walde, preguntó Isabel:

—¿Te acuerdas de este sitio?

—Sí, sí; allí fué donde me diste cuenta del juicio proyectado que habías formado; te proponías ser institutriz, y yo me tomé la libertad de prometerme interiormente — que no daría jamás mi consentimiento para que realizaras tal designio. En ese sitio se reveló á mí toda una parte de tu corazón infantil y valeroso á la vez, de tu inteligencia recta y firme y de tus sentimientos tiernos y generosos respecto á toda tu familia. Después, olvidando que yo era un extraño para ti, me dejé llevar por la pendiente irresistible que me conducía á hablarte de mí, y no pudo menos de sorprenderme la fría y digna reserva de tu actitud... Una niña me enseñaba á conducirme, y esto me encantó...

—Nunca pensé en darte una lección, pero estaba muy aturdida y un poco asustada; y todavía no aseguro que al ver mañana á la luz del día tu rostro

activo y severo no me sobrecoga de nuevo la timidez.

— Ya no estaré nunca severo, amor mío; la felicidad me ha serenado.

Poco después, los años árboles que se elevaban delante de las ventanas, vivamente iluminadas, del saloncito de los esposos Ferber, presenciaron un espectáculo sorprendente. Vieron á uno de los más poderosos personajes del país solicitar el honor de una alianza con aquella familia pobre y obscura; le vieron inclinado ante los padres de Isabel para recibir la bendición que daban á los dos prometidos, sonriendo á través de sus lágrimas, mientras Ernesto despertaba al pajarillo dormido en su jaula para referirle el cuento maravilloso, cuya heroína era *Isabel la de los cabellos de oro*.

XXI

Mientras la felicidad penetraba en el antiguo castillo de Gnadeck, en el valle se realizaba un triste descubrimiento.



El dogo dejó oír algunos gruñidos amenazadores

Dos de los campesinos de Lindhof que dirigían la batida, oyeron á lo lejos un aullido plañidero; encamináronse hacia el sitio de donde partía aquel rumor de siniestro augurio, y encontraron un cuerpo humano echado en tierra, al lado del cual se veía un dogo enorme, con las dos patas delanteras puestas sobre aquel cuerpo como para reanimarle ó interrogarle. Cuando quisieron acercarse á este grupo para prestar auxilio á la persona que estaba tendida en tierra, el dogo dejó oír algunos gruñidos amenazadores, enseñó los dientes á los campesinos, é hizo ademán de lanzarse contra ellos. No se atrevieron á insistir, y como varios camaradas se les habían reunido, enviaron aviso al guardabosque, el cual acababa de saber precisamente que Isabel había sido encontrada sana y salva.

En su consecuencia se dirigió inmediatamente al lugar indicado, y esta vez el dogo no se mostró amenazador, sino que se acercó al guardabosque arrastrándose y agachóse humildemente ante él. Era Wolf,

el perro encargado de guardar el patio de su casa, y allí yacía Berta, al parecer sin vida; perdía mucha sangre por una herida que había recibido en la cabeza, y la palidez de su rostro era cadavérica.

El guardabosque no pronunció una palabra, y evitó las miradas de compasión de los asistentes, pues en su alma rebotaban la cólera y el dolor. Levantó á Berta, cogióla en sus brazos, y la llevó hasta la casa más próxima al pueblo, que precisamente era la de la mujer del tejedor, desde donde envió recado á Sabina para que viniese. Por una feliz casualidad, el médico del pueblo había prolongado su visita y hallábase todavía junto á una mujer enferma; avisado oportunamente se trasladó al punto donde Berta estaba y le administró un cordial que la hizo volver en sí rápidamente. La gran cantidad de sangre que había perdido parecía haberla calmado; su herida no era peligrosa, y cuando se le aplicó una compresa, la desgraciada joven, recobrando la vida y el recuerdo, comenzó á llorar amargamente.

Sabina se presentó en el umbral de la puerta, seguida de una criada que llevaba diversos objetos, mientras uno de los guardas acudía también con un paquete de ropa de cama. Cuando Sabina hubo hecho preparar un cómodo lecho para Berta, y cuando ésta la vió vaciar su cesto, alineando después debidamente el contenido, compuesto de vendajes, hilas, refrescos y jarabes, objetos que revelaban una solicitud siempre activa y una caridad infinita, sus lágrimas dejaron de correr súbitamente. Se incorporó en su asiento, y tomando la palabra, dijo con voz breve:

— Retire usted todo eso, lléveselo de aquí y abandóneme.

— Vamos, Berta, repuso Sabina, es preciso calmarse; el médico le ha prohibido hablar, y si no le obedece, la fiebre será más violenta.

— ¿La fiebre? ¡Ah, no igualará nunca á la que he sufrido algunos meses hace! ¡Ya no la tengo, y ahora comprendo lo que he sido! Mire usted, Sabina, usted que es tan buena para mí, huirá de mi presencia con horror..., porque soy una criminal...

— ¡Vamos, está usted exaltada, demasiado exaltada!..

— ¡Repito que soy una criminal! ¿No he tratado de matar á la sobrina de aquel que me ha sostenido hasta aquí?

— ¡Isabel!, exclamó Sabina con expresión de espanto.

— Sí; y en mi conciencia la he matado, induciendo al dogo grande, que es tan feroz, á desgarrarla...; si no lo conseguí, no por eso he dejado de cometer el crimen moralmente. ¡Ya ve usted que soy una criminal! Pero no ha ganado mucho librándose de la furia del perro, porque está prisionera allá arriba, en la Torre de las Religiosas.

— Se pondrá usted peor, mi pobre Berta; no hable

más, dijo Sabina con aire de conmiseración, creyendo que aquel relato era debido al delirio.

— ¡Ah! Y si muero, repuso, ¿no será esto una dicha para mí y para los otros?

— De todos modos, tranquilícese usted, porque nuestra Isabel se halla muy tranquila en casa de sus padres.

— Bien, pero yo he tratado de matarla, y ya que le digo esto, preciso es que lo sepa usted todo.



Y atrayendo á Sabina junto á la cama hízole una confesión completa

Y atrayendo á Sabina junto á la cama, hízole una confesión completa.

El Sr. de Hollfeld la había cortejado, prometiéndole que se casarían apenas hubiera podido vencer la obstinación de su madre, muy opuesta á los matrimonios desiguales, según dijo. Háblale añadido que era indispensable guardar el más profundo secreto para el buen éxito de aquel plan, que la menor indiscreción haría fracasar. Deslumbrada por la perspectiva que se le ofrecía, fascinada, fanatizada, Berta se comprometió por un juramento solemne á no dirigir una sola palabra á ninguna persona más que al que consideraba como su futuro, y esto hasta el día en que él le permitiese hablar. Tal era el estado de cosas cuando Isabel Ferber llegó á Turingia; y desde que el Sr. de Hollfeld vió á la joven, todo cambió para Berta. Ya no trató más de verla, y no tardó en evitar su encuentro, hasta que al fin le declaró cierto día que se veía obligado á renunciar á aquella locura de joven, aconsejándole al mismo tiempo que no tratara de verle en lo sucesivo.

Entonces fué cuando Berta, viendo desvanecidas todas sus esperanzas, humillada y desesperada, tomó la costumbre de internarse por la noche en el bosque para desahogar sus dolores en la soledad; pero llegado el día, y frenética al ver en el pabellón del jardín á Hollfeld junto á Isabel, había tratado primeramente de vengarse de él, y fué á ver á la baronesa, á la cual declaró que su hijo era un miserable; pero la señora de Lessen la amenazó con hacerla arrojar del castillo por sus criados.

Durante algunas horas, prosiguió Berta, estuve loca... Recuerdo vagamente, como se recuerdan algunos incidentes de una pesadilla, que me lancé al bosque, donde siempre había hallado una calma relativa; pero aquel día todo fué inútil. ¿No se habían confirmado todos mis temores? ¿No había oído yo á aquel cobarde ofrecer su nombre á Isabel Ferber, que no era de condición superior á la mía? Pues entonces, un matrimonio desigual no le era tan imposible de contraer como él pretendía hacia algún tiempo. De repente encontré sola, sin protección, á la que me había reducido á un estado tan miserable, frustrando todas mis esperanzas. Entonces... entonces, como ya he dicho á usted, quise matarla, y si hubiese podido, ciertamente lo hubiera hecho. Bien ve usted que su tío no podrá perdonarme nunca, y que usted misma, Sabina, me volverá la espalda. ¿Qué será de mí?

— ¡Desgraciada joven!, exclamó Sabina, enjugando algunas lágrimas con la punta de su delantal. Los que la juzgan á usted son justos... tendrán en cuenta la perturbación de su espíritu, y la perdonarán si se arrepiente,

— Ya no puedo, ni quiero tampoco permanecer en este país. Comprendo que me volvería loca y mala. Si curo, es preciso que me aleje de aquí.

— Ya hablaremos de eso más tarde; por lo pronto es preciso curarse, dijo Sabina con dulzura, apoyando misericordiosamente sobre su seno la cabeza de la joven.

La buena mujer tuvo la satisfacción de ver á Berta dormirse tranquilamente, y muy pronto no se oyó en aquel pequeño aposento más que la respiración regular de la joven y el movimiento monótono del pendulo de un reloj rústico. Sabina sacó del bolsillo sus gafas, de su cesta un ejemplar muy usado de un libro de devociones y veló toda la noche hasta que comenzó á despuntar el alba.

Berta no sucumbió, aunque tuvo el salvaje deseo de morir; y muy lejos de ello, bien cuidada por la señora Ferber y por Sabina, recobró rápidamente la salud. La herida que se infirió con un guijarro puntiagudo cuando cayó accidentalmente en el sitio donde fué hallada sin conocimiento, se había ya cicatrizado.

El guardabosque se puso fuera de sí cuando supo la mancha que sobre su nombre había echado Berta; ni siquiera las dulces advertencias de su hermano lograron calmarle en los primeros días, y cuando Sabina le hubo comunicado la confidencia que la joven le había hecho, cuando supo que todos aquellos desórdenes y las desgracias que estuvieran á punto de suceder no tenían más origen que las mentiras de Hollfeld, dirigióse inmediatamente á Odenberg con el designio secreto, pero bien determinado, de exigir una reparación al Sr. de Hollfeld. Pero al llegar allí supo con el mayor disgusto que el dueño de Odenberg se había marchado por un tiempo indefinido, sin que nadie supiese adónde. En vano quiso el mismo Sr. de Walde averiguarlo; sus investigaciones resultaron infructuosas.

Berta declaró que odiaba ya á aquel hombre tanto como le había amado, y que su deseo era no oír hablar más de él. Pocas semanas después de su convalecencia abandonó la casa del tejedor para ir á establecerse en América; mas no se iba sola, pues uno de los jóvenes guardas empleados en la casa forestal, honrado y buen muchacho, la amaba hacía largo tiempo, y dijo al guardabosque que no podía consentir en verla expatriarse sola y sin apoyo. Berta accedió á su demanda con agradecimiento, y se convino en que se casarían en Brema en el momento de embarcarse, acompañando á la joven hasta allí una mujer anciana de Lindhof. Cuando los recién casados se disponían á ir á buscar una nueva patria, y en el instante en que sus cajas de efectos eran trasladadas á bordo, la anciana entregó á Berta una suma importante: era el regalo de boda generosamente hecho por el señor de Walde en nombre de Isabel, y como prueba del perdón que otorgaba con noble sinceridad á la infeliz cuyos padecimientos había ocasionado involuntariamente. Con el consentimiento silencioso del guardabosque, Sabina había recogido los efectos abandonados por la joven, á los cuales agregó diversos objetos que le parecieron necesarios para la emigrante.

En un día de otoño, gris y sombrío, un coche de viaje cargado de baúles y maletas salió del pórtico del castillo de Lindhof y dirigióse hacia la ciudad de L... Abatida, consternada, la baronesa de Lessen se oprimía contra uno de los ángulos del coche; el brillante papel que desempeñaba en Lindhof había terminado, y muy contra su voluntad volvía á la vida modesta, que ya conocía y que tanto odiaba.

— Mamá, dijo Bella con su voz agria y lánguida, bajando y subiendo sin cesar el vidrio de la ventanilla del coche, ¿pertenece ahora á Isabel Ferber el castillo de Lindhof? ¿Usará ella nuestra hermosa carretela, y podrá sentarse en los cojinetes de damasco gris que la adornaban? ¿Tendrá permiso para habitar tu lindo salón y servirse de los sillones forrados de seda azul, tan bien bordada? El viejo Lorenzo dice que en adelante será la dueña de todo eso, y que se obedecerá cuanto ella mande.

— Tu charla me aburre, contestó la baronesa, inclinándose hacia la ventanilla su rostro para ocultar su alteración.

— Pero es muy feo en mi tío Rodolfo habernos despedido así, y muy desagradable también para usted, prosiguió la desapiadada niña; no tenemos en B... platos y bandejas de plata para la comida... ¿No

es cierto, mamá? ¡Oh, también recuerdo ahora que no tenemos cocinero ni todas las buenas cosas que comíamos en Lindhof! ¿Y deberás peinarte tú misma los días en que Carolina lava y repasa la ropa? Porque...

— ¡Basta!, exclamó la señora de Lessen con un tono que no admitía réplica, ni aun de parte de la díscola y maligna niña, cada una de cuyas palabras se clavaba en ella como un puñal.

Bella retrocedió atemorizada hasta un ángulo del coche, mientras la baronesa, después de dirigir una mirada de aversión al castillo, que se divisaba al doblar un recodo del camino, bajó su velo sobre el rostro y comenzó á llorar silenciosamente.

Las confidencias de Berta habían ocasionado entre el Sr. de Walde y la baronesa una discusión borrascosa; y Elena, sabedora de aquel nuevo incidente, había rechazado á su prima con horror cuando trató de solicitar su apoyo. Se había visto, pues, obligada á subir al coche de viaje que acababa de detenerse delante del pórtico á la hora precisa señalada por el Sr. de Walde... Sin embargo, había caído una gota de miel en el amargo cáliz que apuraba, pues el señor de Walde se había encargado de costear la educación de Bella, prometiendo darle un pequeño dote si se conducía bien.

Poco más ó menos á la misma hora en que la señora de Lessen abandonaba el castillo, la gran dama de honor, señora de Falkenberg, se presentó en el saloncito donde se hallaba la princesa en compañía del príncipe reinante de L...

La gran dama se inclinó tan profundamente como la etiqueta lo requiere, y más aún de lo que convenía á sus miembros atacados de la gota. Cualquiera que fuese el imperio que el respeto debido á su soberano la obligaba á ejercer sobre sí misma, notábase en sus facciones y en sus modales una turbación indescriptible.

Llevaba una carta abierta, que sus manos temblorosas habían arrugado.

— Para mí es una desgracia, dijo con voz mal segura, verme obligada á comunicar á Sus Altezas una noticia verdaderamente escandalosa. ¡Oh, Dios mío, quién lo hubiera creído!.. Si aun en esta esfera no se sabe ya conservar la dignidad, si se huellan bajo los pies, para satisfacer una inclinación vulgar, los deberes que el nombre nos impone, no debe extrañarnos ver todas las posiciones confundidas, el desorden sustituyendo al orden, y la revolución, en fin, llamando á nuestras puertas.

Este discurso, detenidamente meditado y bien preparado, no produjo, al parecer, el efecto que la señora de Falkenberg esperaba.

— Ruego á usted que se tranquilice, señora, dijo con bondad el príncipe, á quien parecía divertir sobre manera aquel incidente. El discurso de usted tiene algo de grandioso que nos ha conmovido... créalo usted; he notado en él un estilo que recordaba el de las maldiciones de Casandra; pero hasta ahora no se ha producido el anunciado terremoto, y veo con placer — su mirada, ligeramente burlona, se fijó en la extensión que se prolongaba delante del palacio — que ninguno de mis súbditos llama á mi puerta con intenciones revolucionarias... ¿Qué tiene usted que comunicarme?



Llevaba una carta abierta que sus temblorosas manos habían arrugado

La señora de Falkenberg contempló á Su Alteza con asombro; el tono sarcástico que imprimía á sus palabras la llenaron de perturbación.

— ¡Oh, exclamó al fin, si Vuestras Altezas pudiesen prever de qué se trata!.. ¡Precisamente él, él, de quien hubiera respondido yo con mi cabeza, y al que creía firme como una roca, inflexible como el hierro!..

¡El Sr. de Walde me anuncia que acaba de desposarse..., con quién, con quién!..

— Con la señorita Ferber, sobrina de mi viejo y honrado jefe forestal, dijo el príncipe, sonriendo. Sí, sí, ya he sabido eso. Walde no ha perdido la cabeza, según veo, pues parece que esa pequeña es una maravilla de hermosura, de talento y de inteligencia... Vamos, confío en que no nos hará esperar mucho tiempo la presentación de su compañera que nos anuncia.

— ¡Alteza, exclamó la señora de Falkenberg, como aturdida; pero si es hija de uno de sus más oscuros empleados!

— Sí, sí, apreciable señora de Falkenberg, ya sabemos eso; mas tranquilícese usted, porque es de buena y antigua nobleza.

— Que Vuestra Alteza me permita observar, dijo la gran dama, con el rostro purpúreo por efecto de la emoción, que el documento que tengo es oficial; he aquí la esquila de aviso, que lleva el nombre de Isabel Ferber y no otra designación; así se inscribirá este nombre en el árbol genealógico de Walde, y así quedará en los siglos de los siglos. ¿No hay en este proceder alguna cosa ofensiva, algo como un insulto inferido á todo cuanto respetamos? Esa gente ha dicho que no quiere tener nada de común con la familia de Gnadewitz, y siguen siendo menestrales por su voluntad, lo cual es mucho peor que nacer menestral involuntariamente... No puedo menos de compadecer, por lo tanto, á ese pobre, excelente y encantador Hollfeld, que pierde en tal asunto una fortuna evaluada en varios millones... ¡Y la infortunada baronesa de Lessen! ¡Para no autorizar con su presencia tan odiosa alianza desigual, abandona Lindhof hoy mismo!

— Esas consideraciones no tienen más peso en la balanza que aquel con que las favorece la amistad de usted, contestó el príncipe con cierta severidad, y no hemos de lamentar las decepciones de parientes que sienten perder una herencia... Sírvase usted avisarnos, á la princesa y á mí, apenas el señor de Walde solicite presentarnos á su hermosa é inteligente prometida.

En la habitación contigua una joven dama de honor prestaba atento oído, y no pudo abstenerse de hacer la mueca más vulgar y más impropia, aplicándose el pulgar á la nariz, para burlarse de la gran dama.

Por este rasgo no se habrá dejado de reconocer á la señorita de Quittelsdorf.

— ¡Bien lo había dicho!, exclamó, acercándose á una compañera. Ya sabía yo que era inútil llevarme á Lindhof para trastornar la cabeza á ese caballero impasible. ¡Oh, cómo me divierte esto; qué ratos tan alegres y divertidos vamos á pasar con la vieja baronesa!

Y dirigiéndose á otra dama, joven como ella, que bordaba sentada junto á la ventana, añadió, contentiendo á duras penas la risa:

— Ya tenemos diversión para quince días por lo menos viendo á la baronesa, á la tan leal realista, clavar en Sus Altezas sus más iracundas miradas... cuando estén vueltas de espaldas, por supuesto, porque lo que es delante de ellos no dejará de asomar á sus labios la sonrisa de la adulación. Sólo por el placer que esto me proporcionará quisiera que todos nuestros nobles hicieran lo mismo que acaba de hacer el señor de Walde.

— ¡Por Dios, Cornelia, estás loca!, exclamó su compañera dejando su labor.

Casi á la misma hora en que esto pasaba en la corte, el doctor Fels volvía triunfante á su casa, subía la escalera, franqueando los peldaños de cuatro en cuatro, y precipitábase en la habitación de su mujer con la violencia de una tromba que lo derriba todo á su paso.

— ¡Mujer, regocíjate conmigo!, exclamó, radiante el rostro de alegría. ¡Lindhof tendrá dueña y señora! ¿Sabes tú quién será? ¡Isabel, la de los cabellos de oro! ¡Todo renacerá allá abajo; el buen espíritu triunfa..., el otro desaparece! Acabo de encontrarle hace un minuto en el coche de viaje del Sr. de Walde. Las esquelas de aviso han caído como una bomba en medio de nuestra buena ciudad. Es un placer indecible contemplar esas caras largas y avinagradas. En cuanto á mí, la noticia no me ha sorprendido, pues la esperaba desde el día de la tentativa de asesinato, desde la hora en que el Sr. de Walde vino á rogarme que hiciera una visita á su pequeña libertadora. Aquel día reconocí que su hora había llegado, que tenía corazón, y hasta un corazón lleno de vivo y profundo afecto.

XXI

Si nuestro lector quiere saltar con nosotros un período de dos años, y seguirnos de nuevo á las ruinas



Isabel contempla con deleite al niño

de Gnadeck, le conduciremos por una ancha y hermosa carretera que va desde Lindhof al antiguo castillo; en éste se han cambiado las viejas cerraduras enmohecidas y su aspecto ha sufrido toda especie de transformaciones.

Si recordando el patio triste, sombrío y húmedo, que se extendía detrás de la puerta principal, el aspecto desolado de los pórticos ruinosos y los leones de piedra cubiertos de un musgo verdoso, que aguardaban junto al estanque el agua que había desaparecido hacía largo tiempo; si evocando estos recuerdos tiramos de la cadena que corresponde á una campanilla de sonoro timbre, á cuyo sonido acude á abrirnos una criada fresca y rolliza, nos detenemos estupefactos, sin poder dar crédito á nuestros ojos, pues en todas partes vemos la luz, el agua y la verdura; las ruinas han desaparecido; no queda más que el gran muro de recinto, firme, sólido, inalterable, que indica la extensión de las construcciones que encerraba. Avanzando por un sendero perfectamente enarenado que contornea un gracioso prado de césped, veremos en el centro de éste los cuatro leones, lanzando ahora hacia el cielo cuatro chorros de agua que vuelven á caer en el vasto estanque de piedra, y los viejos castaños rejuvenecidos ahora por el aire y la luz.

Después de cruzar varios bosquecillos, dispuestos con exquisito arte, nuestras miradas se fijarán en las platabandas guarnecidas de innumerables flores. Delante de nosotros veremos alzarse el cuerpo de edificio habitado por la familia Ferber, que ofrece muy distinto aspecto y ostenta una fachada mucho más ancha, pues Ferber había dispuesto que se agregasen cuatro habitaciones á la casa, porque su hermano irá á vivir allí con Sabina el día, muy próximo, en que pedirá su retiro.

En la sala donde solía reunirse toda la familia no encontraremos ningún cambio notable; solamente observaremos que se ha practicado un claro entre los árboles, porque el Sr. de Walde quiso que los padres de Isabel tuviesen á todas horas á la vista la morada de su hija. En aquella sala está en el momento de penetrar nosotros en ella, la joven señora de Walde, Isabel la de los cabellos de oro: es la primera visita que ha hecho á Gnadeck desde hace algunas semanas, porque ha tenido que permanecer encerrada en su palacio, y hoy se ha apresurado á presentar su primogénito en la morada de los abuelos. Allí está en sus brazos; la institutriz, ó más bien la feliz esposa del buen Reinhard, levanta suavemente el velo que cubre aquel pequeño rostro sonrosado, el cual presenta ya todas las facciones del Sr. de Walde; un mechón de cabello castaño cae sobre su frente, sobresaliendo de su gorrito de blonda, y recuerda exactamente el cabello de su padre. Ernesto se desternilla de risa al mirar las manecitas coloradas que se agitan

en todos sentidos, y el guardabosque se ha puesto resueltamente sus dos grandes manos á la espalda, como para evitar la tentación de molestar al recién nacido tocándole. No cede su admiración á la de los abuelos, tiernamente inclinados sobre su nieto; al fin ha olvidado á Berta, y se entrega por completo al dulce pensamiento de la felicidad de su sobrina, felicidad que no acaba de explicarse, no porque le haya parecido nunca que su suerte fuera demasiado brillante para ella — pues á su entender, la más hermosa corona de la tierra hubiera estado en su verdadero sitio ciñendo la frente pura y encantadora de Isabel, — sino porque no se comprende cómo aquella «niña, cuyas venas están llenas de azogue,» se muestra tan satisfecha y feliz al lado de aquel hombre tan serio.

En aquel momento Isabel contempla con deleite al niño que sus brazos sostienen, y después dirige una mirada hacia el valle, por el lado por donde verá aparecer al Sr. de Walde, que viene á buscar á su esposa y á su hijo... Durante algunos segundos, no obstante, su mirada se turba y sus ojos se humedecen un poco; es porque se ha fijado en una alta cruz dorada que se eleva sobre el monumento donde Elena reposa hace un año. Ha muerto en brazos de Isabel, bendiciendo y pidiendo á Dios que protegiera á la que con su afecto la había ayudado fielmente á sobrellevar el peso de su desesperación.

El Sr. de Hollfeld ha vendido Odenberg; y nadie conoce el lugar donde se ha retirado para deplorar la pérdida de sus esperanzas y el mal éxito de sus planes tan hábilmente concebidos.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÉTODOS É INSTRUMENTOS DE LA ASTROFOTOGRAFÍA

La fotografía celeste, arte de origen relativamente reciente, tiene á pesar de sus adelantos un gran porvenir en la vía del progreso, gracias á los perfeccionamientos de los mecanismos modernos, á la excelencia de los aparatos de óptica y á los progresos de la fotoquímica, ó sea la química fotográfica.

El primer resultado de los métodos modernos se manifestó en el congreso astronómico celebrado en París el año de 1887, en el que el almirante Mouchez, á la sazón Director del observatorio de aquella ciudad, propuso la preparación de un mapa fotográfico de todo el firmamento por la colaboración de todos los grandes observatorios. Al mismo tiempo se dictaron las disposiciones que asegurasen la uniformidad de los trabajos. Habían de usarse solamente los refractores y no los reflectores; y también se convino en un tipo de abertura de los objetivos y de la distancia focal. En lo posible se usarían unas mismas fórmulas para las emulsiones fotográficas de las planchas secas; y se fijó en quince minutos el tiempo que se daría á las exposiciones ó insolaciones.

Se calculó que esa exposición daría un total de 20 á 25 millones de estrellas fijas. Si se tiene en cuenta que el número visible á la simple vista sólo llega á 8.250, fácil es imaginarse el sorprendente resultado que se obtendría por ese sistema fotográfico. Sin embargo, como la inscripción de esos millones daría material para unos 300 volúmenes cuya perfección sería casi imposible, se resolvió más tarde hacer otra exposición de un minuto para el objeto de las inscripciones.

La primera exposición daría todas las estrellas hasta las de la décimacuarta (14.^a) magnitud; y la segunda hasta las de la undécima, reduciendo así el número total á cerca de un millón.

En el catálogo constará la posición de todas las estrellas al principio del año de 1900. Para completar ese catálogo se necesitan unos 25 años de trabajo. A cada observatorio se le designará una zona de la declinación. Para obtener la uniformidad deseada hay naturalmente distintas clases de instrumentos, que dando resultados excelentes, de por sí requieren, sin embargo, algunos cambios. Así en muchos casos los refractores ya usados para la observación usual sirven para fines astrofotográficos poniéndoles una cámara en el ocular del telescopio. En los casos en que esto se haga no puede naturalmente coincidir el foco químico con el óptico. Las fotografías que se obtienen de ese modo no son bien claras y por consiguiente no permiten mucha ampliación.

El otro método consiste en disponer el tubo de

modo que la plancha fotográfica pueda entrar en el foco químico.

El refractor de 36 pulgadas del Observatorio de Lick del monte Hamilton, de California (fig. 2), se ha construido de modo que se pueda desprender el ocular para poner en su puesto el portaplacas. Algunas veces se une lateralmente al refractor un telescopio propio para los trabajos fotográficos; pero los telescopios de esta clase, á causa de su gran longitud focal y su pequeña abertura objetiva, sólo sirven para un campo muy limitado.

De los instrumentos contruídos especialmente para fines fotográficos mencionaremos en primer lugar el ecuatorial de Sir Howard Grubb. En esta clase los dos tubos están íntimamente enlazados por una cubierta común por las partes superiores solamente. En el todo se ha conservado la forma usual de montura paraláctica, y el constructor sólo se ha propuesto suprimir el aspecto brusco inherente á los refractores dobles del tipo alemán. El aparato de Grubb tiene movimiento circumpolar sin sacrificio de su firmeza ó estabilidad.

Un instrumento original, que se hizo para la observación visual y que se ha reconstruído para la fotografía, es el «ecuatorial acodillado» del Observatorio Nacional de París. Se hizo siguiendo las instrucciones de M. Loewy, director del observatorio. M. P. Gautier se ocupó de la parte mecánica, y de la óptica los hermanos P. y P. Henry. Se compone de dos partes ó tubos que se unen por medio de un cubo de hierro fundido, cuyos ejes están en ángulo

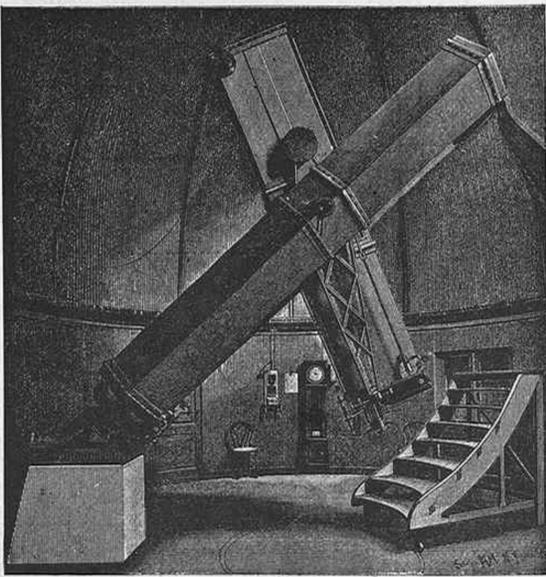


Fig. 1. - Ecuatorial fotográfico del Observatorio del Vaticano

recto. El tubo del ocular, que es el mayor, se coloca paralelo al eje de la tierra, y su extremidad superior descansa en un anillo que se fija en el pilar del Norte. Un saliente cónico que continúa el tubo por el

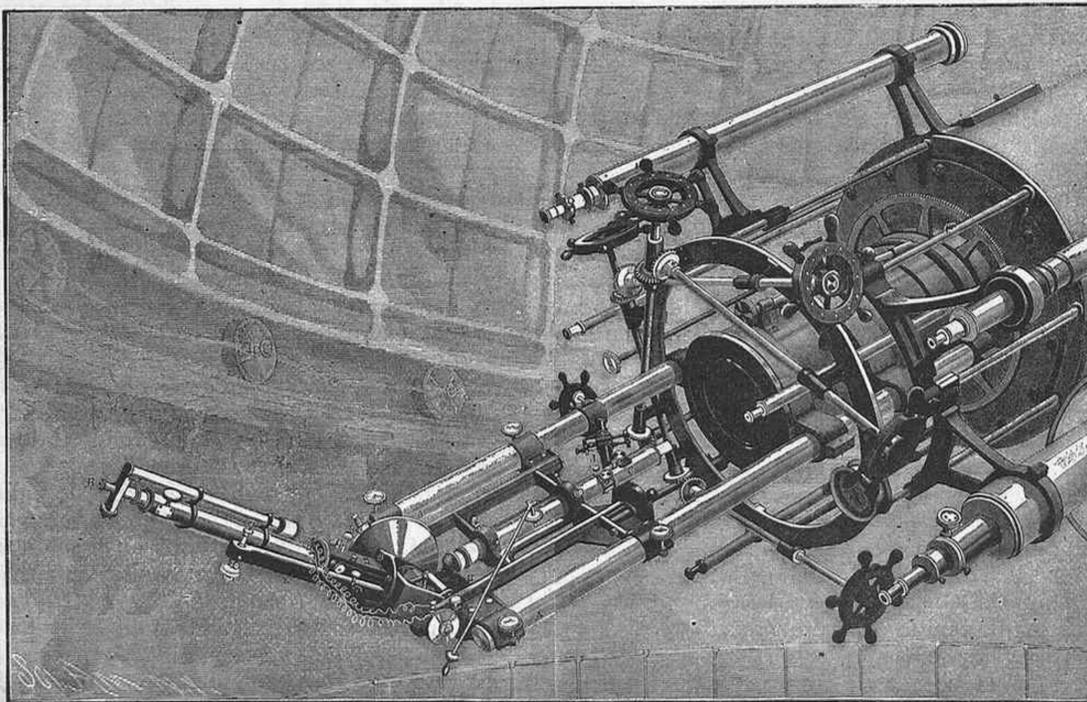


Fig. 2. - Ocular del refractor del Observatorio de Lick

otro lado del cubo le da otro apoyo axial en el segundo pilar del Sur.

El tubo objetivo que va unido en ángulo recto al del ocular, está en el plano del ecuatorial, como es

evidente. El tubo contiene otro interior, que termina en una cabeza cúbica. El cilindro objetivo se apoya en el extremo diametralmente al frente de una proyección tubular, que es, sin embargo, mucho más

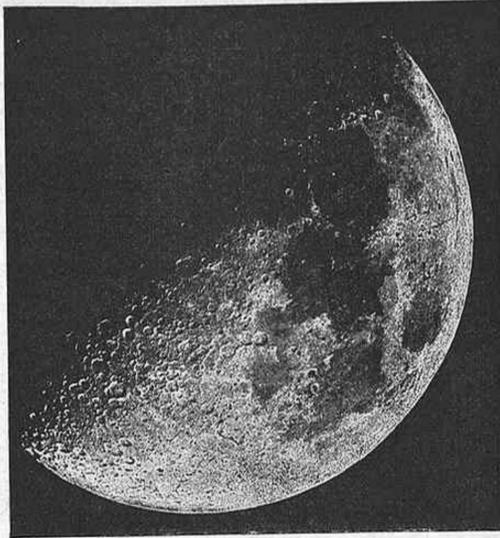


Fig. 3. - Fotografía de la luna, tomada en el Observatorio de Lick (medio segundo de exposición)

larga que el cono corto del otro tubo, que sirve principalmente para equilibrar el conjunto.

La cabeza objetiva de hierro fundido contiene un espejo, colocado á 45° del eje. El cubo central lleva también otro espejo, colocado de tal modo que forma un ángulo de 45° con cada tubo. La cabeza objetiva además sirve de apoyo al objetivo que cae en el plano ecuatorial en ángulos rectos con el eje de la tierra. Se desprende de esta disposición que un rayo de luz que caiga perpendicularmente en el objetivo pasa á través de él al primer espejo, se refleja en seguida en ángulo recto en el segundo, de donde se refleja de nuevo en la dirección del eje del tubo del ocular, es decir, hacia el mismo ocular.

Sólo el extremo del ocular de todo el instrumento está encerrado en la cámara de observación. Todas las demás partes están abiertas y accesibles por una escalera elíptica. Dichos órganos se protegen con una cubierta giratoria que puede traerse hasta cerca de la pared, y alejarse al emplearse el instrumento.

Las ventajas que presenta el ecuatorial acodillado son evidentes y muy cómodas para el observador, que encuentra facilitado el trabajo por la posición natural de la cabeza. También se halla resguardado de la inclemencia del tiempo. La forma del ecuatorial fotográfico del Vaticano (fig. 1) es mucho más pesada que la que tienen los dobles refractores de Potsdam. Es verdad que la gran rigidez del conjunto le da gran estabilidad y una exactitud correspondiente á las imágenes fotográficas; pero le falta la gran movilidad propia del sistema de Grubb.

Además de los refractores se usan también los re-

dos los negativos que hasta entonces se habían hecho.

Tomándolos en conjunto, los instrumentos para la fotografía celeste se dividen en dos clases, ya sean dióptricos ó catóptricos. La primera comprende toda clase de instrumentos dispuestos de tal modo que la imagen fotográfica se tome en el foco del objetivo.

En los de la segunda clase el negativo no se obtiene en el foco, sino fuera de él, por medio de un sistema de lentes de aumento. Este sistema se aplica exclusivamente á las fotografías del Sol, pues la gran pérdida de lucidez que produce da siempre malos resultados cuando se trata de los cuerpos celestes que se nos presentan débiles de luz. Las imágenes obtenidas fuera del foco no se pueden ampliar mucho. Por eso no tienen valor científico ó casi nulo.

Hay tres métodos de obtener las medidas astronómicas. El primero es el de coordenadas polares. El segundo el de las perpendiculares. El tercero, menos exacto, es el de Kapteyn; es decir, el que coloca la placa fotográfica perpendicularmente delante de un teodolito situado á distancia conveniente. Por ese medio las estrellas y las intersecciones se miden de

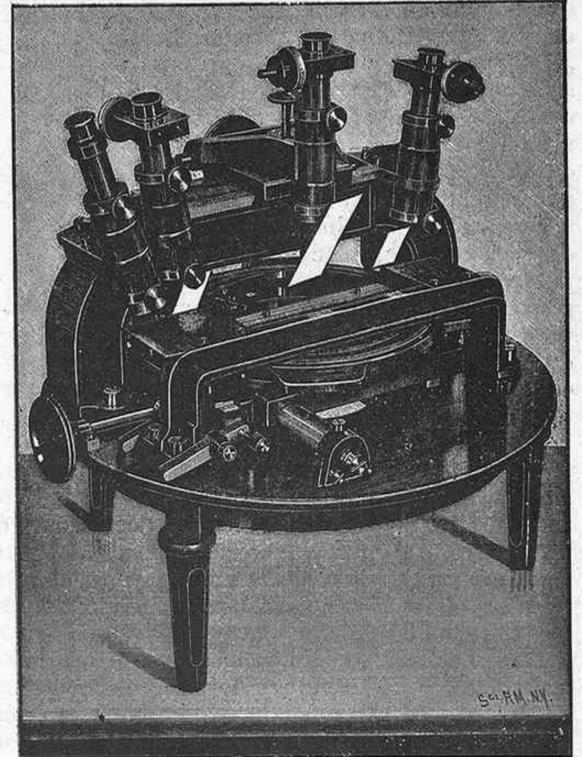


Fig. 4. - Medidor de Repsold de las placas fotográficas

tal modo que la lectura de los arcos del instrumento dan los datos requeridos para el cómputo de las distancias de las estrellas.

Por último, los Sres. A. Repsold et Sons de Hamburgo han construído un aparato distinto de los descritos porque se puede usar de dos modos: primero, para determinar las distancias y ángulos de posición; segundo, para determinar las coordenadas perpendiculares.

* *

NUEVO GLOBO MILITAR CAUTIVO

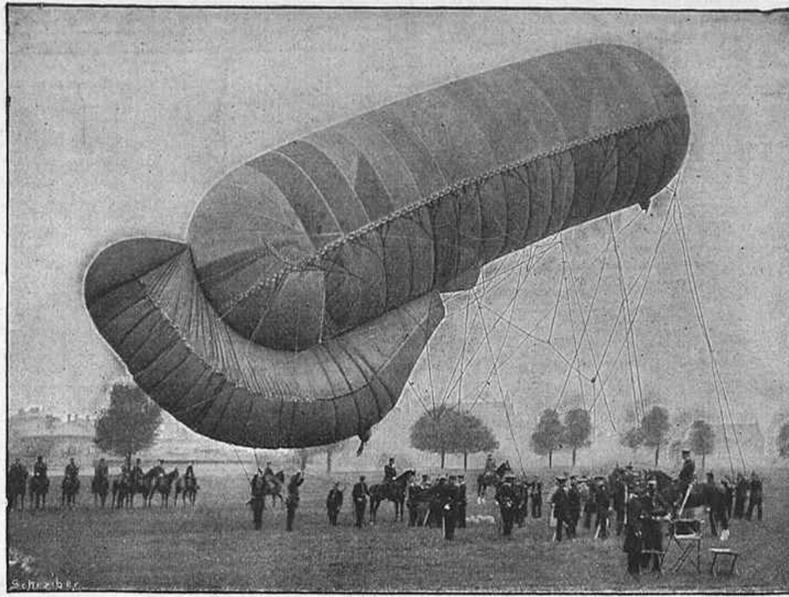
Cuanto más se profundiza hoy en día en el estudio del problema de la aerostación, tanto más se apartan los que de este asunto se ocupan de la forma esférica que primitivamente tuvieron los globos, sustituyéndola por otras formas que venzan más fácilmente la resistencia del aire y aumenten la solidez de los aerostatos, sirviendo para ellas de modelo práctico principalmente las cometas de los niños.

Pero como á pesar de todas las pruebas hechas no ha sido inventada todavía la máquina voladora del porvenir, es decir, la máquina voladora dinámica que por sí misma se mueva, para los fines militares se utilizan los globos cautivos que por la fuerza del hombre pueden ser dirigidos desde el suelo y permiten á los que los tripulan observar desde lo alto las posiciones ocupadas por los enemigos y dar noticia de ellos á su ejército.

Para este objeto se ha demostrado que tampoco era conveniente la forma esférica, puesto que las oscilaciones del globo y de la góndola producidas por las corrientes de aire y las vueltas que por la fuerza del viento da sobre su eje dificultan de tal manera la estabilidad del aparato que se hace imposible realizar ninguna observación segura desde la barquilla. A fin de remediar estos inconvenientes, se ha construído últimamente un aerostato de forma prolongada, cilíndrica y semiesférica por sus dos extremos, que se mantiene en el aire en posición oblicua por medio del cable, el cual hace las veces de la cuerda en las

cometas. Merced á otro globo, el llamado timón, más pequeño que el globo principal y fijado en la parte trasera del mismo, se ha logrado que el aerostato permanezca bastante quieto y se mantenga en la dirección tomada por el impulso del viento. El adjunto grabado reproduce el globo de esta nueva forma perfeccionada que fué utilizado en las últimas maniobras efectuadas en Berlín por la sección de aerostación militar. La reproducción es de una fotografía instantánea y representa el aerostato visto de lado. La disposición del aparato es como sigue: el globo prolongado, sostenido á modo de una cometa por el cable y mantenido por éste en posición oblicua, lleva la barquilla en su mitad posterior, y en su parte trasera va provisto de otro globo más pequeño de forma de gusano que se ajusta á la extremidad semiesférica del primero y que hace las veces de timón.

Los buenos resultados obtenidos en las pruebas verificadas señalan un nuevo progreso en la aerostación militar, que tan importantes servicios puede prestar en casos de guerra.



NUEVO GLOBO MILITAR CAUTIVO RECIENTEMENTE PROBADO EN BERLÍN

EL TIEMPO PRONOSTICADO POR LAS ABEJAS

M. de Ridder, en la revista titulada *Ciel et Terre* afirma que las abejas saben de antemano si un invierno será crudo ó benigno. Se ha pretendido que los pájaros abandonan tempranamente nuestras latitudes cuando amenaza un invierno riguroso; pero esta afirmación no ha sido comprobada: los pájaros se van cuando la región en donde se encuentran es prematuramente invadida por el mal tiempo, haciendo, en suma, lo que cualquier turista, que deja la montaña ó el campo en cuanto asoman los primeros fríos.

Las abejas, por el contrario, adivinan, según parece, realmente el carácter del invierno. ¿Cómo? Esto es lo que no se sabe todavía; pero por regla general cuando el invierno ha de ser riguroso aquellos animales cierran herméticamente las entradas de la colmena con cera, sin dejar más que un agujero imperceptible, y cuando ha de ser benigno las dejan completamente abiertas. Para juzgar el carácter de un invierno bastaría observar en octubre lo que hacen las abejas en sus colmenas.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LES CAPSULAS DE APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRUGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL OLOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÁMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA MARCA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnias, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PRIMERE DE CHANTILLY
 ORLÉANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, à PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Bojitr en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. VERRI y C^{ie}, Nos. 103, R. Richelieu, Paris.

Las Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empesar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Envíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Aons y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^{ie}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 Empleado con el mejor éxito
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

PATE ÉPILATOIRE DUSSER
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2-cajas para el bigote ligero); Para los brazos, empléese el PILAVORE DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

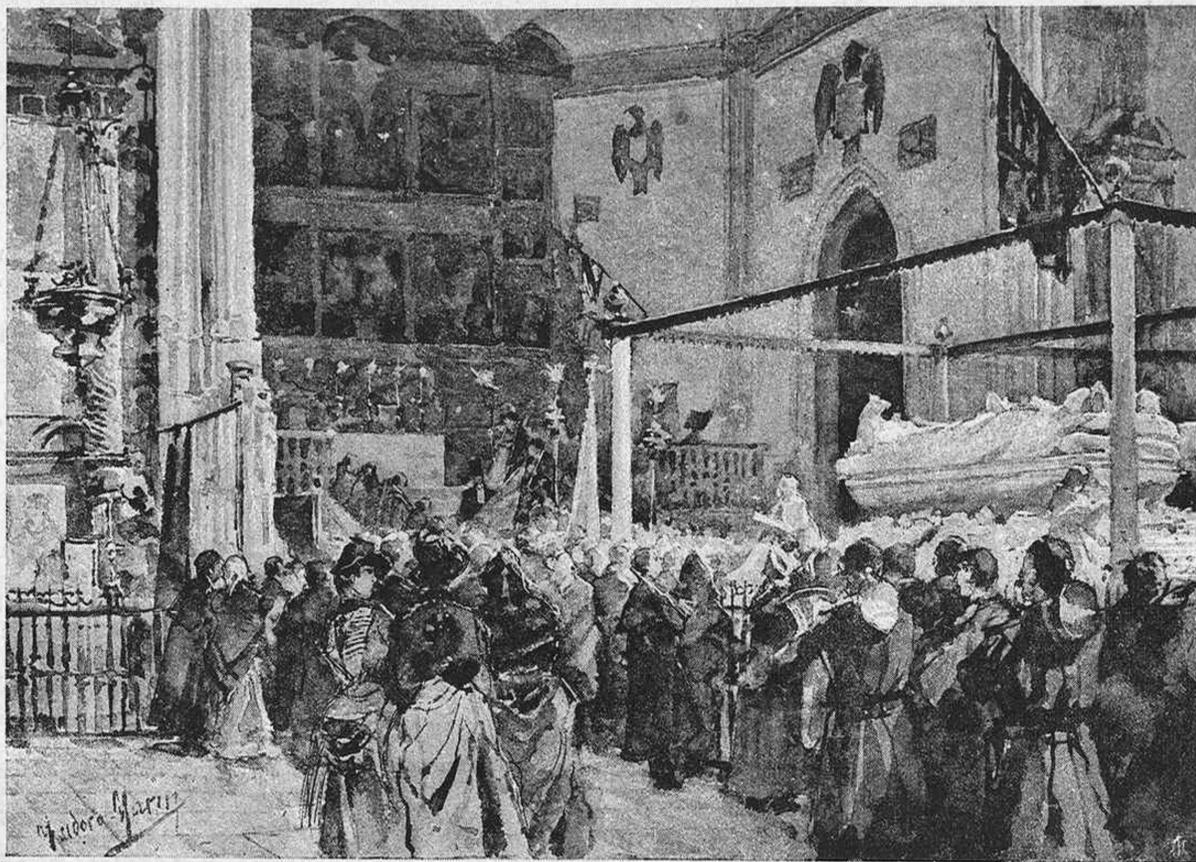
LIBROS

RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

CANÇONS CATALANES, armonizadas per *Enric Morera*. — La empresa editorial barcelonesa *L'Avenç* merece bien de los amantes del arte catalán por haber comenzado esa publicación de composiciones populares: la primera que ha dado á luz es *El compte Arnau*, sentidísima canción que ha armonizado el inteligentísimo maestro Sr. Morera para solo y coro de hombres y niños, y que se vende á dos reales.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ESPAÑOL. — Ha salido á luz el cuaderno 4.º de esta importante publicación con tanto acierto dirigida por D. Miguel Almonacid y Cuenca, que como los anteriores contiene interesantes y completos datos sobre las últimas publicaciones hechas en España. Suscríbese en Madrid (Correo, 4) y en Barcelona en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

PANORAMA NACIONAL. — El cuaderno 31 de esta interesantísima publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad don



¡GRANADA, POR LOS REYES CATÓLICOS!, cuadro de Isidoro Marín

Hermenegildo Miralles, contiene reproducciones de monumentos notables de Lerez (Pontevedra), Granada, Toledo, Durango (Vizcaya), Avila, Córdoba, Madrid, Lérida, Murcia, Valladolid, Barcelona y Almería, una reproducción del célebre cuadro de Alonso Cano *La Virgen y el Niño*, el faro de San Juan de Puerto Rico y una gran vista panorámica de Bilbao.

MAYOR DE SALDO CONSTANTE, por D. Domingo Cabré y Estany. — La Biblioteca Comercial, de cuya utilidad é importancia nos ocupamos en uno de nuestros anteriores números, ha publicado el segundo volumen, *Mayor de saldo constante*, que es un notable estudio teórico y práctico perfectamente aplicable á la partida doble que enseña el sistema de anotar los asientos en el libro Mayor, de manera que cada una de sus cuentas diga constantemente el saldo que arroja en favor ó en contra de la misma, sin contravenir las disposiciones del Código de Comercio, sin perjuicio de la claridad y exactitud y con ahorro de páginas. Véndese en Barcelona, Ronda de la Universidad, 3, 3.º, al precio de dos pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I - CARNE - QUINA En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Rh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Cie 51 St-Denis, 48 en París
 Franco 5 fr.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 y en todas FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTÓMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Cólicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1^{ra} Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECOHO y de los INTESTINOS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

UNGUENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria